

POEMAS

de
JUAN DE CONTRERAS
MARQUES DE LOZOYA
PREMIO FASTENRHAT
1920



BIBLIOTECA-NUEVA

Inches

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Centimetres

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

1

2

3

4

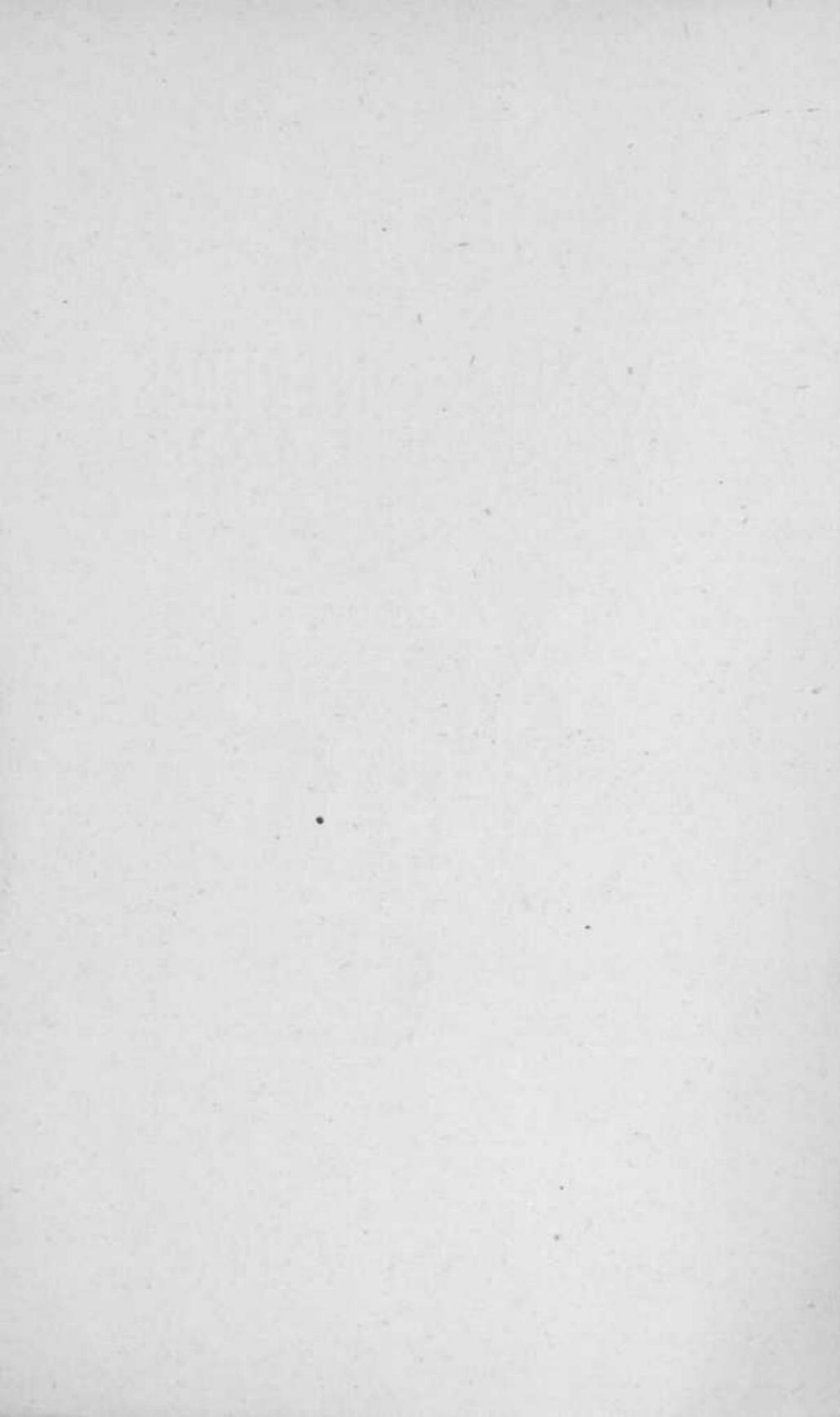
5

6

7

8

9



DGCL

A

POEMAS

C. 1105215

t. 87588

GRAFICA INFORMACIONES - ORELLANA, 7 - MADRID

JUAN DE CONTRERAS

MARQUES DE LOZOYA

P O E M A S

(PREMIO FASTENRATH 1920)



MADRID
BIBLIOTECA NUEVA
Almagro, 38



R. 66722

PROLOGO

Cuando me determiné a imprimir de nuevo algunos de los versos—no muchos—que he ido escribiendo a lo largo de un cuarto de siglo, fué porque así puedan llegar a mano de las personas que lo desean, pues las anteriores impresiones fueron escasísimas y algunas no se pusieron nunca a la venta. Y no me parece inútil el escribir antes brevemente de cómo y en qué circunstancias estos versos fueron escritos.

No van en este volumen sino composiciones de una relativa madurez; sin contar con ensayos casi infantiles, antes de publicar el más antiguo de los aquí recopilados, que es Poemas Castellanos, edité otros dos volúmenes: uno titulado Poemas arcaicos y el otro Poemas de añoranzas, ambos impresos con mucho esmero por mis buenos amigos los cajistas de la antigua imprenta de Antonio San Martín, en Segovia, enfrente de las iglesia de este nombre, y de los cuales el primero lleva la fecha de 1913. Anterior a él había publicado un ensayo histórico, que titulé Doña Angelina de Grecia.

Los dos primeros tomos que aquí van reimpre-
sos están del todo inspirados en el ambiente de mi
casa y de mi ciudad. Yo nací y pasé mi primera
juventud en Segovia, en el caserón que se llamó en
lo antiguo "del Mayorazgo de Cáceres", sobre la mu-
ralla que mira al naciente, cerca de la puerta de
San Juan. Es este edificio de los más viejos de ciu-
dad tan vieja, como lo atestiguan sus vestigios ro-
mánicos, y tal es su fama de vetustez que el cro-
nista Diego de Colmenares afirma que sentó sus
fundamentos nada menos que Hércules Egipcio y
que sirvió de fortaleza a los cristianos cuando la en-
trada de los moros. Es, sí, cierto que tuvo allá sus
calabozos la Santa Inquisición y que jugó un papel
en todos los asaltos y combates que sufrió el recinto
hasta la entrada del carlista Zariátegui en 1837.
Conserva un patio claustral tan cubierto de yedra,
que apenas deja ver su noble arquitectura del góti-
co isabel; salones amueblados y decorados a la ma-
nera de los de una "Casita del Príncipe" de Car-
los IV, y un huerto con resabios de jardín corte-
sano, al cual, hasta hace poco, servían de ornamen-
to por el Sur dos torreones de la muralla que de-
jaban ver, entre los sarmientos de caducas parras,
inscripciones romanas, que pedían que fuese leve
la tierra sobre segovianos muertos hace dos mil años.
Desde este huerto, o desde los balcones de los apo-
sentos—entre ellos de aquel donde nací y he se-
guido morando—, se divisan las torres doradas de

San Justo y del Salvador sobre las sierras de Peñalara y de la Muerta, bellas a todas horas y con todas las luces del día.

Eramos seis hermanos los que jugábamos en este vergel, que había sido el deleite de tantas generaciones. Sin duda, de nuestro linaje materno, que cuenta con poetas como el autor de El rimado de Palacio (pues los de mi línea paterna apenas dejaron su afán por la caza sino cuando el destino los dispuso espantables y maravillosas aventuras guerreras), tuvimos todos gran facilidad para hacer versos, hasta el punto de que casi jugábamos versificando. Cuando comencé a ser mozo me vino la idea—acaso sugerida por mi viejo profesor de “Retórica y Poética”, que aun vive—, de poner en verso tantas leyendas de la ciudad como encontraba en las crónicas y genealogías barrocas, que eran mi lectura ordinaria; y así, cuando pasaba poco de los quince años hice los primeros romances. Juntamente con el influjo de la ciudad sentí entonces el de la montaña vecina, en cuya falda, en el rancho de Torrecaballeros, solíamos pasar el mes de mayo. Mi padre era dueño de rebaños de merinas, y en este tiempo tenían lugar los esquileos, una de las más bellas y alegres fiestas que puedan preanciarse en parte alguna. Allí me penetró la poesía del pastoreo trashumante y de los misterios y peligros, de los escondidos y humildes encantos de las serranías castellanas.

Tardé mucho tiempo en decidirme a publicar nada, hasta que, después de mil dudas, titubeos y temores, envié unos sonetos a la "Página literaria" de El Adelantado de Segovia, en la que el viejo poeta José Rodao gobernaba patriarcalmente la grey bullanguera de los noveles. Hice mis primeras armas casi al mismo tiempo que dos muchachos de mi edad: Juan José Llovet y Mariano Quintanilla y al lado de otros de más vieja ejecutoria: José Zamarriego, José Rincón Lazcano y el cura de Arcones, D. Eulogio Moreno. Con el escritor Julián Otero formábamos la pléyade literaria de Segovia en aquel tiempo, por los años de 1912. En pasear y leer—fui un mediocre y fácil estudiante—se pasaba mi tiempo. Solía gastar las largas noches del invierno en tertulia en los salones isabelinos del palacio de Cheste, frontero de mi casa. Había en ellos una dama cuya salud precaria y debilísima complexión estaban compensadas por un temperamento extremadamente propicio a la emoción artística. Ella fué, durante muchos años, mi confidente. A ella dediqué mi libro *Cantar de las tierras altas*, con una composición que va también en este volumen. Las musas de esta primera época están recogidas en los volúmenes *Poemas castellanos* y *Romances del llano*.

Yo no sé cómo, al finar mi primer cuarto de siglo, comencé a pensar que aquella vida no era bastante para llenar la actividad de un hombre. Pren-

dió en mí una inquietud que ya no había de abandonar y cuyos primeros atisbos están apuntados en alguno de los Sonetos espirituales. Hubo en mi vida grandes cambios, y no fué el menor la muerte de mi amiga del palacio vecino. Me lancé a la lucha agotadora que supone una cátedra universitaria y, conseguido este anhelo, hube de dejar mi plácida residencia de Segovia para trasladarme a Valencia, donde mi fervor por la nueva tarea me situó en un plan de trabajo excesivo y, a la larga, agotador. Corrían por España vientos de tormenta, y no era posible ya para quien no estuviese desprovisto de todo sentido de responsabilidad, soñar en la placidez de una vida horaciana. Este "dolorido sentir", este "cuidado", inquietud apasionada por el momento, se transparenta en todos los versos que agrupé en el volumen Cantar de las tierras altas, aun en aquellos inspirados en la historia o en el campo de mi tierra nativa.

El 7 de abril de 1931 murió mi madre, de la cual no sé hablar sino con la ternura reverente con que a la suya se refería el valenciano Juan Luis Vives. El 14 presencié el desenfreno de la orgía republicana en las calles de Valencia, y vi arriar, entre clamores de júbilo que partían el alma, por lo ingenuos y sinceros, la bandera que simbolizaba todo cuanto amo en el mundo. Aquella tarde, la más triste de mi vida, escribí un Canto a la bandera vieja. Luego dejé Valencia. Corrí otra vez los

campos segovianos—ahora en violentas campañas políticas—, viajé mucho y, al reanudar las tareas del curso, me encontré sobre mi mesa aquellos versos, que en absoluto recordaba haber escrito nunca. Un amigo mío los publicó en un periódico, desde cuyas páginas adquirieron una enorme difusión clandestina. A este mismo espíritu corresponde la Oración a España, escrita en Segovia, bajo los bombardeos de la aviación roja, en los comienzos de la guerra.

En este libro va, pues, recogido casi todo el licor que dió de sí un venero ya extinguido, a lo menos por ahora. No son mis actividades de este momento propicias al reposado comercio con las musas, y me doy cuenta, además, de que las nuevas corrientes llevan el gusto por otros derroteros, a los que ya no sé adaptarme. Tienen estas líneas la melancolía de un adiós a algo que se va y que me ha regalado con horas muy dulce en el camino de una existencia no larga aún, pero en la cual la fatiga—la fatiga de los españoles en estos diez años trágicos—ha venido a producir los efectos de la ancianidad.

POEMAS CASTELLANOS

(1920)

ROMANCE DE LOS FUNDADORES

DECIAN los infanzones — que fuero de hidalgos han,
los que mantienen caballo — y están horros de pechar:
“El Rey llama a junta nueva — ¡ni uno sólo faltará!
Ya calienta el sol de marzo — buen tiempo de pelear.
Los que tornen a sus tierras — al invierno folgarán.
Cadaño nuestras espadas — a Castilla ensanchan más.
Ya llega a orillas del Duero — hasta el Tajo llega ya.
¡Tiempo vendrá en que a encerrarla — no se baste el
[mismo mar!”

Cantaban los segadores — que segando el trigo están:
“Torna el moro a Morería, — del Rey acosado va.
Las Castillas quedan libres — pero yermas y en erial;
nosotros los hombres llanos — las vinimos a poblar.
Plantamos e pas de vino — y aramos tierras de pan;
hicimos nuestras casucas; — brilla el fuego en su fogar;
el rumor de los molinos — de bullicio llena el caz;
con un vuelo de palomas — resplandece el palomar;
a la aurora canta el gallo — so las bardas del corral.
Hicimos nuestros concejos, — cofradías y hermandad;

labramos iglesias nuevas — con alegre campanar;
en la tierra de su osario — nuestros huesos dormirán.”

Rezaban los frailecicos — del cerquillo y del sayal:
“Señor Dios: el cuerpo es fuerte—pero de alma falta está;
nosotros le haremos alma — sedienta de eternidad.
El saber de los pasados — nuestros libros guardarán;
el martillo y los cinceles — gastaremos en labrar
el bello jardín de piedra — de la iglesia conventual.
Y en ella, nuestra plegaria — día y noche subirá
por Castilla, que se yergue — con un recio despertar.”

CANTO A LOS VILLANOS DE CASTILLA ANTIGUA

HELOS, helos por do vienen, los villanos de Castilla;
los de manos sarmentosas que esparcieron la semilla;
los de rostros aguileños, los de frente sin mancilla.
Los de frente sin mancilla, toda unguida de sudor;
los que bailan viejas danzas de dulzaina y atambor
cuando ríe por los *campos* la mañana del Señor.
Los que en tiempo de los moros repoblaron la comarca
afirmando aquel terreno que oprimían con su abarca
al amparo de una puebla de perlado o de monarca.
Los que alzaron sus iglesias a la Virgen y a San Juan,
San Martín y San Miguel, San Llorente y San Millán.
¡Viejas piedras que doradas por el sol de antaño están!
Ellos son los hombres - buenos que se asientan altaneros
cabe Obispos muy letrados y muy nobles caballeros,
cuando llama el Rey a Cortes bajo el árbol de los fueros.
¡A rezar, los frailecicos, los maitines en el coro!
¡A reñir, los caballeros, en la guerra contra el moro!
¡A segar, los segadores, el maduro trigal de oro!
Aprended, los ricos - hombres del pendón y la caldera,
que la tierra que ganasteis sostenerse non pudiera
sin servicios ni alcabala ni moneda fonsadera.

Aprended que de tres brazos se formó la cristiandad;
si estos brazos se juntasen en amor de caridad,
no reinaran como hogaño la injusticia y la maldad.

Dios os guarde, los villanos; los villanos de mi tierra;
los labriegos de los llanos, los pastores de la sierra.

¡La virtud de nuestra raza, sois vosotros do se encierra!

Salve, salve, los pecheros de las épicas edades
que por Cristo trabajabais, alegrando las ciudades
con las fiestas bulliciosas de los gremios y hermandades.

Bataneros del Eresma, curtidores del Clamores,
tejedores y pelaires, tintoreros, tundidores...

¡Los que hicisteis muy famosa la ciudad de mis amores!

¡Dios bendiga vuestra sangre, que es venero de energía!

En la guerra de cruzada, non ganasteis hidalguía.

¡Vuestra lucha fué la lucha por el pan de cada día!

CAMINOS DE CASTILLA

CAMINOS de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
la huella de los santos y de los caballeros.

¡Caminos de Castilla, cintas de blanca plata
que os perdéis a lo lejos, en los campos desiertos!
En las noches de luna torna la cabalgata
de los Reyes caídos, de los jinetes muertos.

.....

Como alcotán altivo que anida en las almenas,
con su hueste de algara, pasa un recio adalid:
arrastra, por gualdrapas, banderas agarenas;
las gentes, temerosas, le dicen "Mio Cid".

Han pasado los siglos; por el camino, un día,
van dos mozos, henchidos los pechos de ilusión.
Les lleva su miseria, su orgullo y su hidalguía
al puerto de Sanlúcar, do espera un galeón.

En las claras estrellas quieren leer su suerte,
y las estrellas dicen, temblando en el azur,
que domarán imperios y que hallarán la muerte
en ignoradas costas, bajo la cruz del Sur.

La lluvia de noviembre golpea los caminos;
aúllan los lebreles del viento en la llanura;
la Reina Doña Juana, de los tristes destinos,
pasea por Castilla la Muerte y la Locura.

En la noche sombría, brillan los cuatro hacheros
que alumbran vagamente, con su luz funeral,
el ataúd, cubierto de negros reposteros
donde exploya sus alas el águila imperial.

El chapeo sin plumas y el bolsillo sin blanca;
arrastrando las capas, como manto de Reyes,
caminan los sopistas que van a Salamanca
buscando amores nuevos, mejor que viejas leyes.

Tal vez riñen dos de ellos al salir de la venta
y juegan ágilmente de espada y de broquel.
En sus brazos abiertos, una cruz nos lo cuenta:
"Mataron aquí un hombre, rogad a Dios por él".

Una tarde de julio, bajo el cielo de fuego
que reseca los campos y que dora el trigel,
recogido en sí mismo, marcha un fraile andariego,
camino de Medina, de Aranda o Madrigal.

En las sierras azules hay reflejos de ocaso;
humean los hogares; una campana suena.
Las yuntas, fatigadas, tornan con lento paso;
va cayendo la noche, sosegada y serena.

En los campos del cielo, sobre la tierra oscura,
se encienden las estrellas, como flores de luz.
¡Noches esplendorosas de estío en la llanura,
que ponéis en las almas el fervor de la cruz!

Todo canta en la tierra, todo brilla en el cielo
para el viajero humilde, que de la paz va en pos.
Su alma, tan fatigada, siente un dulce consuelo,
y en soledad escucha la palabra de Dios.

.....
¡Caminos de Segovia, de Olmedo y Tordesillas!
¡Sendas de Peñafiel, de Roa y de Ontiveros!
Bajo la faz del polvo, yo busco de rodillas
la huella de los santos y de los caballeros.

LA QUERELLA

ANTE su consejo, sentado en su silla,
dijo estas palabras el Rey de Castilla:
“Hombres de Segovia, llegaos y hablad”.
Y en el Crucifijo poniendo las manos,
clamó el más anciano de los tres ancianos:
“Juramos por Cristo, decir la verdad”.

¡Cuán firme era el porte de los hombres buenos!
Los torsos erguidos, los rostros serenos;
de calma y de orgullo pleno el corazón.
Batía los paños el uno en Riaza,
guardaba ganados el otro en Pedraza
y el otro labraba los campos de Ayllón.
Dijo el más anciano de los segovianos:
“Rey: sobre el Alcázar que guarda los llanos
como ave de presa, flota el pendón real;
la casa que hiciste labrar en la sierra
cobija a los lobos que arrasan la tierra,
que esquilman los pueblos, que siembran el mal.
En tu Real Alcázar mora un caballero;
es mozo y gallardo, famoso montero,
alto su linaje, grande su valor.

Tercias y alcabalas de las siete villas
gasta en gerifaltes, potros y traillas,
le dicen las gentes "El mal cazador":
llama a montería su trompa de plata;
pasa el torbellino de la cabalgata,
el azor al puño los jinetes van.
Los recios córceles de ricos arneses
huellan los sembrados y tumban las mieses
que son nuestra vida, que son nuestro pan.
El mal caballero se goza en los daños;
coba sus lebreles en nuestros rebaños;
en los palomares ensaya el halcón.
Siguiendo a un lobeño llegó a la cabaña
de una cabrerilla; dejó la alimaña
y trajo a la moza sujeta al arzón.
Nos, los que las villas poblamos por fuero,
amparo pedimos contra el caballero;
de nuestras justicias iremos en pos.
Si tu Señoría remedio no toma,
irán nuestros pleitos al Papa de Roma
o le emplazaremos delante de Dios."

El Rey de Castilla quedó pensativo
y dijo: "Yo juro, por Cristo, Dios vivo,
que sobre el hidalgo cumpliré la ley".
Y dijo el anciano: "Bajo el manto della
nos, los de Segovia, ponemos querrela
contra Don Alonso, bastardo del Rey".

LA HEMBRA DEL GAVILAN

TEMPLO sus aceros de guerra Castilla
en las aguas mansas del antiguo Duero,
que canta los versos de su romancero
a los rumorosos chopos de su orilla.
Y es como un espejo para el cielo claro
cuando, adormecido, se extiende en la presa;
y es como un amante, que rendido besa
el huerto y la vega de Castro-Mendaro.
Allá donde tiene descanso y labranza
Martín Ruiz d'Otores, el buen burgalés,
que en estos solares descifre el arnés
y deja en reposo la espada y la lanza.
Un Rey se los diera, con sus aledaños;
tierras de buen pan, eras y molino;
los majuelos agrios del dorado vino,
las praderas frescas para sus rebaños.
Tan fuerte y alegre como un viejo roble
lleno de jilgueros, es el infanzón.
Es toda su vida como una canción
de gestas antiguas, aguerrida y noble.

Porque las labores del hogar rigiera
e hiciese fecundo y alegre el hogar,
buscó una doncella del mejor solar
de hidalgos de fuero que hay en la ribera.
Es ésta, la esposa, delgada y morena,
de negros cabellos y dulce mirar,
cual Santa María del Monte-Bustar
que siempre sonríe, graciosa y serena.
En todos sus gestos, tranquila y pausada,
la sabiduría brilla en su respuesta;
en su señorío de mujer honesta,
hay algo de Reina y algo de Prelada.
Junto al ajimez, en lo más del día,
hila de su lino con siete doncellas;
hay una, cautiva, que canta querellas
con el ritmo triste de la morería.
Partió el castellano con gente de guerra,
vestido de hierro, la adarga abrazada,
a robar ganados en una algarada
por tierra de moros, allende la sierra.
Y la dama otea, de las amarillas
mieses ya maduras de la tierra llana
a la cordillera sombría y lejana
que guarda los cotos de entrambas Castillas.

.....

¡Mala fué la algará de esta primavera,
que ha matado el filo de un dardo lobero
a Martín d'Otores, el buen caballero,
y le traen a lomos de su yegua overa!



Le aguarda la esposa bajo el portalón
y besa su frente, sin casi llorar,
que las ricas hembras saben ocultar
sus mayores penas en el corazón.
Trajina la dueña, diligente y fuerte,
y escancia los vinos del rudo festín;
en tanto, en las cijas, aúlla el mastín,
a los tenebrosos lobos de la muerte.
Ya la comitiva cubre los senderos;
los seis hijosdalgo portando las andas;
los monjes benitos, que rezan las mandas;
el tropel de hierro de los mesnaderos;
y las plañideras, todas doloridas,
y los hombres llanos que labran la tierra,
y el doncel de escudo y el corcel de guerra
que los escuderos llevan de las bridas.
Ya duerme el hidalgo bajo el frío suelo
de la iglesia humilde, campesina y ruda.
Su ánima de niño, cándida y desnuda,
entre querubines se remonta al cielo.

.....

“En el santo nombre de Dios, uno y tres,
porque a los que luchan se dé en encomenda,
yo Teuda Ferrandes, entrego mi hacienda
a vos el muy noble Maestre de Uclés.
Mi Castro-Mendaro, con cotos y anejos,
lagar y paneras, horno y caserío,
y el molino nuevo que en el caz del río
hace la molienda de siete concejos.

Los campos de trigo que van al confín
de tierra de Burgos; las yuntas de bueyes,
el hato de cabras y las pingües greyes
de ovejas merinas, con yegua y mastín.
Vos doy mis ajorcas y mis arracadas,
y los relicarios que mi gala fueron,
y aquellos zarcillos que tal vez vinieron
ornando cabezas recién cercenadas.
En cambio yo pido, con toda humildad,
vuestrós santos velos y un rincón desierto,
donde rece y llore por mi dueño muerto
y busque las vías de la eternidad.
A mis hijos mando que cumplan mi ley;
su herencia es Castilla, su campo la guerra
y si hacienda quieren, ganen otra tierra
luchando como hombres al lado del Rey.
Yo, Teuda Ferrandes, invoco al Señor
porque mis palabras lo que el mundo fuere,
sean perdurables y el que las vulnere
yazga en los infiernos con Judas traidor."

.....

¡Flor de las llanuras de nuestra Castilla!
En la paz serena de tu monasterio,
una vieja carta me contó el misterio
de tu vida austera, piadosa y sencilla.
Contemplé tu efigie, que fingió el cincel
yacente a la diestra del rudo infanzón;
una cruz campaba sobre tu blasón
y bajo tus plantas, dormía un lebrel.

Y pensé en mi tierra de Castilla, fuerte
por sus hembras, madres de conquistadores;
en la santa tierra, donde los amores
traspasan los cotos del Tiempo y la Muerte.

EL REY

EL campo de batalla queda solo y sangriento en el lluvioso ocaso; es el clamor del viento largo como un responso, triste como un lamento. Los cuervos tienden vuelo delante de un tropel de armados infanzones; sobre un negro corcel pasa un recio jinete de lengua barba; es él. Como no soy cronista, no sé si este hombre rudo que lleva un león rojo pintado en el escudo, se llama Don Ordoño, Don Sancho o Don Bermudo. Sólo sé que es el Rey: en una catedral guardar los fueros viejos juró sobre un misal y un anciano arzobispo le ungió la frente real. Veló las armas nuevas, y le ciñó una infanta la espada, guarnecida de una reliquia santa, que a los siervos protege y a los moros espanta. Y desde aquel entonces lucha en la buena guerra, puebla aldeas y villas, a los monjes da tierra, y ciñe con castillos los cerros de la sierra. Este Rey de cristianos, fustigador del moro es simple como un niño; en un cuerno de toro bebe el vino del Puerto, mejor que en copa de oro. Se duerme en los Concilios y en las Cortes bosteza;

inclina en las iglesias humilde la cabeza
y la levanta altivo cuando el combate empieza.
En la caza y la guerra pone sus ansias todas.
No ostenta en el palacio las ricas gemas godas,
a la señora Reina no ve desde las bodas.
Mas, allá en sus andanzas, tal vez el cuello humilla
al suave yugo de Eros; de alguna pastorcilla
descienden los linajes más claros de Castilla.
¡El Rey! Ante este nombre tiembla el pueblo y se aterra,
el Rey tiene en sus manos las paces y la guerra,
el Rey es el alférez de Dios sobre la tierra.

.....

Hasta que, rebosante la copa del destino,
muere en una batalla o en el fervor del vino
le mata el afilado puñal de un asesino.
Al cabo de los años se apodera la Historia
de sus altas hazañas y ciñe su memoria
con un nimbo esplendente de virtud y de gloria.
Los monjes coronistas, letrados monjes son;
de Idacio y de Isidoro gustaron la lición,
y a su manera, han hecho del Rey un cronicón.
En sus acciones ponen la majestad de Octavio;
en sus juicios, la ciencia de Salomón el Sabio
y del cantor David las mieles en el labio.
Pintaron en las orlas su semblante y su aliño;
alta corona de oro, noble manto de armiño
como los santos reyes que adoraron al Niño.
Sus gestas generosas divulga la leyenda;

juglares sabidores las cantan en la senda
a los que en romería llevan devota ofrenda.
Las mozas le imaginan, cuando piensan en él,
rubio el cabello, de oro la espada y el broquel
como el Señor San Jorge y el Arcángel Miguel.
Yo vos le pintaría como un gran sembrador
que ha sembrado los yermos en todo su redor
con villas y lugares y templos del Señor.

EL VENCIDO

YA no saldré de aquí, mi dulce amiga;
la espada he de colgar del talabarte;
vencido estoy y muerto de fatiga,
huyendo del recuerdo que me hostiga
de mi antigua traición, vengo a buscarte.
Acógeme cual soy; no he de ofrecerte
el cuerpo recio, el ánimo gallardo
que se alejó de ti, sereno y fuerte;
vengo pobre y enfermo y a la muerte
sin impaciencia y sin temor aguardo.
Para esperar, la vida silenciosa
que por quimeras vanas di al olvido,
busco en mis lares y tu amor de esposa,
no extinguido tal vez... ¡Sé generosa,
que es muy mucho, mujer, lo que te pido!
Estos campos dorados, esta aldea
que hallaba, en mi locura, tan pequeños,
me sobran ya, después de la pelea.
La casa en que nací, quiero que sea
sepulcro de mis glorias y mis sueños.

Y en ella, un aposento, do las cosas
sean recuerdos de la edad florida,
y de un libro las páginas gustosas
que me hablen de las vías misteriosas
de Dios, y del Amor, y de la Vida.
Y una ventana donde el aire puro
y la fragancia del jardín respire,
y un antiguo sillón de roble duro
y un Cristo renegrado sobre el muro
que con sus ojos de piedad me mire.
¡Cuántas veces soñé, cuando la nave
hendía el llano de la mar lejana,
mecida de los vientos, como un ave,
en la casa, en tu voz, tranquila y grave,
en el libro, en la Cruz y en la ventana!
De todos mis ensueños peregrinos
tan sólo tú me quedas; si tú callas
la palabra que guarda mis destinos,
el pan mendigaré por los caminos
perdida la postrer de mis batallas.
He de contarte la derrota mía.
¡Triste historia en verdad! Mujer, escucha:
partí al amanecer de un bello día...
¡Si tú supieras cuán me parecía
pequeño el mundo, al comenzar la lucha!...

IMPRESION DE SEGOVIA EN OTOÑO

TIENE el paisaje el candoroso encanto
del fondo de una tabla primitiva,
pintada al temple, con reflejos de oro;
entre huertas el río se desliza
y en la altura, las torres almenadas
corona son de la ciudad antigua,
toda bañada en luces del Ocaso.
De los chopos las copas esbeltísimas,
rojizas cual las llamas de los cirios,
destacan de las nubes que, sombrías,
cubren el fondo; sus postreros besos
lanza a la tierra el sol. Una colina
cubierta toda de viñedos gualdos
parece en limpios cobres esculpida.
Una a una las hojas van cayendo,
melancólicas, leves, fugitivas,
como nuestras ideas. Tan profundo
es el silencio, que los ecos vibran
con el rumor de un vuelo entre las frondas
o de unas voces en la lejanía.
En la vieja alameda, junto al río,

las hojas nuestros pasos amortiguan
con una alfombra de oro; es el follaje
como un dosel de lumbres encendidas.
Un ambiente dorado nos rodea.
¡Noble quietud de la ciudad tranquila!
Tan solemne es la calma, que sentimos
deseos de postrarnos de rodillas,
cual los santos que adoran a la Virgen
en las ingenuas tablas primitivas.

IMPRESION DE SEGOVIA EN INVIERNO

HAN caído los lobos de la sierra
cerca del arrabal, sobre unos hatos;
dejaron, al huir, roja la tierra
de sangre de corderos y chivatos.
No le valieron al mastín sus hierros,
ni su alerta al pastor. Todo dormía
y oímos los ladridos de los perros
y unos aúllos en la lejanía.
Ha traído la nueva del pillaje,
después de amanecer, un pastor mozo.
¡Aún temblaba de miedo y de coraje!
¡Aún lloraba la rabia del destrozo!
Hoy comienza a nevar; blanquea el cielo
y luego se deshace en copos leves;
la ciudad se engalana con el velo
de la casta Madona de las Nieves.
En las murallas y en las torres viejas
la nieve esfuma los contornos rudos,
tiende un tapiz real en las callejas
y marca un perfil blanco en los escudos,
y en las secas olmedas, al ramaje,
presta una vaguedad como de bruma,
y pone luz de ensueño en el paisaje

que en lontananza su blancura esfuma.
A la noche la luna esparce apenas
una vaga y difusa claridad;
toda blanca, detrás de sus almenas,
parece como muerta la ciudad.
Tan grande es la quietud y tan profundo
es el silencio y tan intenso el frío,
como han de ser cuando navegue el mundo
sin vida y sin calor por el vacío.
Sigue nevando aún y vacilante
nace la tenue claridad del día.
Cuentan que se ha arrecido un caminante
que cruzaba el pinar de Navafría.

.....

Es el aire tranquilo y transparente;
son de un azul purísimo los cielos;
se quiebra con mil luces el naciente
en las finas agujas de los hielos.
¡Mañanita de sol, clara mañana
que rebotas de luz y de alegría!
Los viejos pensarán en la solana
que es la vida muy dulce todavía.
El sol arranca un iris de reflejos
del huraño vitral de los balcones.
Como jugando, en los palacios viejos
alegra los sombríos portales;
y en las nobles basílicas doradas
pule las tallas de las piedras bellas,
y hace añorar el sol de otras jornadas

a los guerreros y a los santos dellas.
El sol lleva la gente a los caminos
que van a la ciudad: acompasados
el andar y la voz, los campesinos
comentan de la mies y los ganados.
¡Carreteras de Cuéllar y Medina!
¡Caminos de Sepúlveda y Pedraza!
Parece que entre el polvo se adivina
la huella firme y honda de la raza.
Llegan del manso Eresma los rumores
de los batanes y de las aceñas
y gimen con agudos estridores
las pesadas carretas lugareñas.
El claro sol de las mañanas de oro
alegra las plazuelas provincianas.
Late en las forjas el metal sonoro
y vibra en el clamor de las campanas.
A la tarde en los sotos, cabe el río
—el río con sus chopos a la orilla—
pasean los ancianos el hastío
de las viejas ciudades de Castilla.
Cuando esmaltan los picos de la sierra
los postreros reflejos vesperales,
tornan loando a Dios, que dió a su tierra
destas templadas tardes invernales,
la noche cae, muy limpia y sosegada,
destacan del azul los ventisqueros
de la Muerta; del cielo azul de helada
donde tiemblan de frío los luceros.

DE LA JUDERIA VIEJA

HUNDIENDO en el oro la mano avarienta
el judío viejo sus monedas cuenta.
¡Guarda, guarda, viejo, que yo vi al Amor
que te desgranaba tu perla mejor!

¡Oh cuantas riquezas Don Mosé tenía
en su tendezuela de la Judería!
Tapices de Oriente guarnecen el muro;
relumbran las gemas en el antro oscuro;
pero hay en un cuarto, que no abre jamás,
unos ojos negros que relumbran más.

Hundiendo en el oro la mano avarienta
el judío viejo sus monedas cuenta.

Hilando su lino, la niña decía:
¡Ay, quien fuera mora de la morería!
Si en alguna villa fuera yo villana,
bailara en las fiestas a toda mi gana.
¡Padre, que me matas, de quererme tanto!
¿No me ves solica y en amargo llanto?

Guarda, guarda, viejo, que yo vi al Amor
que te desgranaba tu perla mejor.

Judío, judío, no cuentes el oro,
que rondan ladrones tu mejor tesoro.
En aquel silencio de tu callejuela
¿no oiste un murmullo como de vihuela?
Sobre los guijarros, ante tu dintel,
¿no oiste los cascos de un bravo corcel?

Hundida en el oro la mano avarienta
el judío viejo sus riquezas cuenta.

Ya ronda el amante las tapias del huerto;
ya sale la niña, que el postigo ha abierto;
ya la sube el mozo sobre el alazán;
ya por los caminos galopando van.
De la madrugada las primeras brisas
se llevan los ecos de sus frescas risas.

Guarda, guarda, viejo, que yo vi al Amor
que te desgranaba tu perla mejor.

CETRERIA

DAMA del sayo verde; cazadora
que en los bosques del Rey, yo vide un día,
en que hicieron función de altanería
las damas de la Reina, mi señora.

¡Oh cuán me acuerdo, en soledad, agora,
de aquella discreción y bizarría
con que volvisteis la braveza mía
dulce y sumisa, mansa y amadora!

Un alcotán se remontaba altivo.
¡Vedle, clamé, que vuela tan ufano
como suele subir mi pensamiento!

Se desprendió un neblí de vuestra mano
y a vuestros pies lo trajo, apenas vivo,
las alas rotas y el plumón sangriento.

EL ACOSO

AUN el venado, sin cejar, corría;
aún derribó a un sabueso, enardecido;
cauteloso y mañero, aún ha sabido
apartar los monteros de su vía;

mas dímosle alcanzada en la Fonfría
y se detuvo al fin; alzó dolido
los dulces ojos y cayó rendido
ante el feroz aullar de la jauría.

Cuando la trompa resonó triunfante
nuestra dueña exclamó: "Pieza tan bella
tendrá, de manos reales, muerte honrosa!"

Tomó el cuchillo, se llegó hasta ella
y, herida ya, la res agonizante
lamió la mano tan cruel y hermosa.

LETRILLA

DECIS que no gusta
de cosas de Estado;
que el reino se pierde
por desgobernado;
que Nápoles bulle,
Portugal también.

Madre, aunque así sea,
yo le quiero bien.

Que entiende en comedias
más que en preces santas;
que bebe los vientos
por las comediantas;
que lo tomaría
el diablo entre cien.

Madre, aunque así sea,
yo le quiero bien.

Que por sus pecados
se pierde Castilla;

que para las fiestas
de su camarilla,
empeña hasta el oro
que ciñe su sien.

Madre, aunque así sea,
yo le quiero bien.

Roba las miradas
su mostacho blanco;
sus ojos azules
miran triste y hondo
¡Oh, cuántas miserias
esos ojos ven!

Madre, aunque así sea,
yo le quiero bien.

De Val de Lozoya
llegóse aquí un día;
de lobos feroces
hizo montería;
con otras zagalas
le di el parabién.

Desde aquello, madre,
yo le quiero bien.

SONETOS ESPIRITUALES

(1925)

*Del autor, a la memoria del Conde
de Cheste, su padrino.*

YO conocí a un anciano, tan anciano,
que en los profundos surcos de su frente
vislumbrábase un siglo, y en la ingente
barba, y en el cabello undoso y cano.

Yo he besado una flaca y larga mano
siempre leal, que peleó valiente,
y que volvió, muy suave y doctamente,
rimas del Dante en verso castellano.

Alguna tarde que en mi alegre huerto
buscaba sol para su cuerpo yerto,
le dió mi brazo reverente auxilio.

Era yo un niño, y por la vez primera,
llegóme al alma, de su boca austera,
la plácida cadencia de Virgilio.

NO creáis que mi tierra de Castilla,
por árida y por yerta, no da flores;
no penséis que tan sólo de rencores
prendió en su recia entraña la semilla;

el Hidalgo inmortal de Argamasilla
es gala y prez de firmes amadores;
Rodrigo de Vivar, en sus amores,
su generosa condición humilla.

Por la desdicha de un amor, perece
la dulce Melibea, y enloquece
por un amor, la reina Doña Juana;

y, encastillada en su ciudad roquera,
Teresa de Jesús, como una hoguera,
alumbra la llanura castellana.

¡**A**Y, corazón! ¡Ay, corazón! Mendigo
que en vano has de tocar todas las puertas...
¡Ay, desterrado, que a buscar no aciertas
la patria amada ni el seguro abrigo!

¡Errante peregrino! ¿Con qué hostigo
buscas las sendas de la dicha, inciertas?
¡Ay, cuánta carga de esperanzas muertas,
de hastío y de dolor, llevas contigo!

¡Pobre aguilucho de las alas rotas!
¿Quién te dará un lugar donde esconderte
para curar tus llagas, en sosiego?

¿Quién te verá subir hasta perderte
en las regiones límpidas, ignotas?
¡Ay, corazón, desamparado y ciego!

CLARA noche estival! El firmamento
tan cerca brilla, que sus gemas de oro
parecen enredarse en el sonoro
follaje del pobar, que mueve el viento.

Llena los campos, compasado y lento,
de las cigarras el solemne coro...
¡Señor y Padre mío! ¡Oh cuánto añoro
la Eternidad, que tan cercana siento!

¡Noche serena, rutilante, santa!,
cuando todo en mi torno brilla o canta,
¿por qué yo he de callar, confuso y triste?

Bajo mi pecho, que de amor suspira,
hoy vibra el corazón como una lira...
¡Púlsale Tú, Señor, ya que lo hiciste!...

DE un gran caudal eres señor, hermano,
del cual hubiste la encantada llave;
no es, como el oro, desabrido y grave,
sino siempre dulcísimo y liviano.

Nunca podrás gastarlo, porque en vano
lo habrás de prodigar, sin que se acabe.
¡Bendito aquél que derramarlo sabe
para consuelo del dolor humano!

Esparce luego, sin temor ni coto,
para que más se aumente cada día,
ese tesoro, de virtud secreta.

—Pues rico soy, y pobre me creía,
¿cuál es, hermano, mi caudal ignoto?
—Tu corazón de mozo y de poeta.

FABIO: es muy triste condición humana
el apegarse al mundo y a las cosas,
pasadas las jornadas generosas,
muerto el amor, la juventud lejana.

Es así el moribundo, que se afana
en alargar sus horas dolorosas,
por ver, una vez más, las nuevas rosas,
por saludar al sol de la mañana.

Pajarillo del ánima, cautivo;
¿amas tanto a tus cárceles, que, abiertas,
ya no quieres trocarlas por un cielo?

¿Por qué, olvidando tu soñar altivo,
cuando tienes, al fin, rotas las puertas
te me acongojas de emprender el vuelo?

AMOR, como una lámpara votiva,
humildemente en mis santuarios arde;
como el primer lucero de la tarde
brilla tranquilo, en soledad altiva.

Es como un niño, y en la cuna viva
del corazón, requiere que le guarde.
En ella, por zahereño y por cobarde,
huye de las miradas, y se esquivo.

Aunque peno por él, en él me gozo
al contemplarlo, hermoso y escondido
como un diamante singular y claro.

Yo, que lo recogí, nunca he sabido
de si lo oculto por pudor de mozo,
o por codicia sórdida de avaro.

LA estancia, toda blanca, estaba llena
del apacible encanto matinal;
en un claro jarrillo de cristal
florecía una vara de azucena.

Cesó la niña en su oración serena,
y se turbó su rostro virginal
cuando una voz alada, en el umbral,
Ave María, dijo, *gratia plena*.

El celestial heraldo tendió el vuelo,
y quedó palpitando en el ambiente
la dulce invocación ¡*Ave María!*

Todo fué así: sencilla y suavemente;
y se enlazó la tierra con el cielo,
y el nuevo siglo comenzó aquel día.

Sino coração da aldeia;
coração, sino da gente...

(*Cantar português.*)

BRONCE de catedral, amplio y sonoro,
que, lentamente, tu clamor desgranas,
en la penumbra azul de las mañanas,
y en el sosiego de las tardes de oro!

¡Alegre voz que convocando a coro,
en la espadaña conventual te afanas!

¡Canción de la ciudad! ¡Claras campanas!
¡Oh cuánto en mis ausencias os añoro!

Esquila viva que mi pecho bate;
mi corazón, que os ama como hermano,
se place en recordar vuestro concierto;

y, adivinando vuestro son lejano,
alegremente con vosotras late,
y a muerto dobla, si dobláis a muerto.

AMOR que en el silencio sufre y vela,
es de muy alto precio y hermosura;
es la gracia de amor más noble y pura
si en soledad y en sombra se recela.

¡Dichoso aquél que, por humilde, anhela
hundir sus penas en la noche oscura!
¡Cuando el ánima esconde su amargura,
Dios mismo en su regazo la consuela!

¡Vidas llenas de amor y doloridas
que relumbráis entre las otras vidas
como gemas dispersas en el lodo!

¡Vuestra huella en la sombra resplandece
por el dolor, que todo lo ennoblece;
por el amor, que lo embellece todo!

... sed timor et minae
scandunt eodem quo dominus: neque
decedit aerata trirremi, et
post equitem sedet atra cura.

(Horat. *Od.*, lib. III, od. I.)

AL emprender la ruta del destino,
un secreto pesar se entró en mi nave;
es tan mañero y tan sutil, que sabe
quebrar mi lira y amargar mi vino.

Nunca le pude ver, mas de contino
siento en el corazón su huella grave,
y oigo a veces latir sus alas de ave
cuya sombra oscurece mi camino.

¡Compañero de viaje, tan osado!
Pues nunca te apartaste de mi lado,
como a un amigo fiel, llegué a quererte;

y espero el día, con temor y pena,
en que vendrá a romper nuestra cadena
la poderosa mano de la Muerte.

Laudato si, mi signore per sor aqua,
la quale e multo utile et humile, et
pretiosa, et casta.

SAN FRANCISCO: *Cántico del Sole.*

AGUA: casta y alegre creatura,
hermana del de Asís; agua serena
de los quietos remansos; agua buena
que en los arroyos límpidos murmura.

Agua salobre, que en la gran llanura
del mar, reza la eterna cantilena;
agua ciega, dormida, la que llena
del frío aljibe la oquedad oscura.

El agua es voz que llama suavemente;
la plácida canción de la corriente
sosiega el alma, y a soñar convida.

¡Voz de la fuente que en mi huerto mana!
¡Háblame quedo, con piedad de hermana,
hasta adormir la pena de mi vida!

EL sabio orfebre, despaciosamente
fué cincelando el cáliz de su vida.
En el metal de su alma dolorida
labró hondas huellas el cincel ardiente.

Como una perla de precioso Oriente
engarzó cada lágrima vertida;
de cada pena la sangrienta herida
brilló como un rubí resplandeciente.

Al contemplar su joya, noble y bella,
el orfebre tal vez se complacía,
pensando en sus trabajos sobrehumanos;

Amor, que iba de paso, la vió un día;
como muchacho que es, prendóse de ella,
y la quebró, jugando, entre las manos.

HERMANO mío, ¿lo recuerdas?, era
cerca del mar. La noche descendía
y, oteando la vaga lejanía,
fingíamos paisajes de quimera.

Hablábamos despacio; en la escollera
con manso ritmo el agua se rompía,
y el campo de los cielos encendía
las flores de su eterna primavera.

Sobre la enhiesta roca, sin testigo,
hablamos largamente del anhelo
de eternidad, que en nuestras almas arde.

A solas con el mar y con el cielo,
yo sentí que Jesús, el buen Amigo,
estaba con los dos aquella tarde.

HE de cantar la generosa mano
por la que el oro, pródigo, fluía
como en roto venero; bella y pía
mano de gran señor y de cristiano.

Un anillo ostentaba, gaje vano
de un muerto amor, que floreció en su día;
y las caladas guardas oprimía
de una espada de temple toledano.

Su dueño fué español y caballero;
en servicio del Rey, dió placentero
su sangre, su quietud y su tesoro;

y, derrotado en cortesana intriga,
sin tener ya que dar, dió a una mendiga
la limpia espada y el anillo de oro.

COMO palomas, en tropel alado,
las horas pasan, y se va con ellas
la dulce mocedad. ¿Qué fué de aquellas
sus ansias de hacer cierto lo soñado?

¿En qué copioso fruto hanse cuajado
del joven corazón las flores bellas?
Nuestra espada, ganosa de epopeyas,
¿qué vasto y noble Imperio ha conquistado?

¿Qué fué de nuestro impulso generoso?
Guarda sólo el Señor en su memoria
este poema, que jamás se ha abierto.

¡Tal vez, en el enigma de su gloria,
alcance un cumplimiento esplendoroso
aquel anhelo, sin lograrse muerto!

YO he sentido, Señor, tu voz amante,
en el misterio de las noches bellas,
y en el suave temblor de las estrellas
la armonía gocé de tu semblante.

No me llegó tu acento amenazante
entre el fragor de truenos y centellas;
¡al ánima llamaron tus querellas
como el tenue vagido de un infante!

¿Por qué no obedecí cuando le oía?
¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
y hundirme en las tinieblas del vacío?

Haz mi dulce Señor, que en la serena
noche, vuelva a escuchar tu cantilena;
¡ya no seré cobarde, Padre mío!

PIEDAD, Señor, piedad: que tus lumbreras
aviven mi esperanza, que se apaga!
Busco yo en Ti, para curar mi llaga,
fuentes de amor, palabras verdaderas.

Humilla mis miradas altaneras,
la eternidad, aterradora y vaga.
Gloria, deseo, amor... ¡Todo naufraga
en ese mar sin fondo y sin riberas!

Va muriendo el rescoldo de la tarde
y, al extinguirse su reflejo incierto,
la noche ha de venir, honda y sombría:

¡Condúceme al seguro de algún puerto
donde el roto navío se resguarde
para esperar la luz del nuevo día!

¿QUIEN me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo,
alegremente y sin temor departe?

Y sólo por Ti te amé, y llegué a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera, para hallarte.

¡Oh con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte!

¡Háblame ya, Señor, como Tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte!

ROMANCES DEL LLANO

(1924)

MIS ALCOTANES

¡ALCOTANES altaneros
de vuelo firme y veloz
que anidáis en las almenas
de mi castillo interior!

Los que tan alto volábais
que vuestra vista oteó
el desfile de los siglos
en solemne procesión;

¿quién abatió vuestro orgullo?
¿quién rindió vuestro valor,
que andáis zahereños y huídos,
con miedo en el corazón?

¿Qué abismo visteis, tan hondo
que os llenase de pavor?
De tanto subir, ¿cegásteis
en las lumbreras del sol?

Tended el vuelo, mis aves,
con nuevo y pujante ardor,



en el azur explayadas
como piezas de blasón;

vuestra mirada avizore
los llanos que Dios tendió
del confín de las Castillas
a los montes de León;

allá donde el Duero engrana
con plata que brilla al sol,
ciudades que son joyeles
de rica y noble labor.

Tal vez veáis levantarse
la generosa nación
que fué señora de pueblos
cuando así lo quiso Dios.

Si hambre tuviérais, yo os diera
por cebo mi corazón.
¡Alcotanes altaneros
de mi castillo interior!

LA PARTICION

“Confirmo que sea perpetuamente firme a vos, el Concejo de Segovia, aquel privilegio que el Emperador Alfonso, mi abuelo, os hizo de los hitos que él mismo, entre vuestro término y el de Avila, fijó y señaló.”

*(Privilegio de Alfonso VIII
a los segovianos.)*

PLANTO el buen Rey de Castilla su tienda en unos
[canchales;
con el viento de la sierra, flamean las señas reales
prendidas sobre los nidos de las águilas caudales.
Con Don Alonso el osado, de toda España señor,
sobre las Peñas Buitreras, de Castilla está la flor.
¡Cuánto rico-hombre aguerrido! ¡Cuánto Obispo sabidor!
En la tarde sosegada, desde los canchos bravíos
se ve el campo de Segovia, con sus pinares sombríos;
en el fondo de los valles, relumbran al sol los ríos.
Contemplando tanta tierra ¡cuán se ensancha el corazón!
Llanuras, como un celaje, que Tierra de Campos son,
y montes, como una bruma, que son montes de León.
En los altos de la sierra, que guarda los cotos viejos,
verá hoy el Rey de Castilla los pleitos de dos concejos:

Avila con sus lugares; Segovia con sus anejos.
Por fuerza, los avileses pretendieron separar
Campo-Azálvaro y sus prados del alfoz del Espinar.
¡Sólo la espada del Rey puede los hitos marcar!
La voz de Avila trajeron tres viejos y tres donceles
del bando de Mingo Esteban, que en adargas y broqueles
llevan, en campo de plata, pintados trece roeles.
Segovia, la muy enhiesta, mandaba seis personeros;
cuatro por ambos linajes de hijosdalgo y escuderos,
y, por lugares y aldeas, dos hombres-buenos pecheros.
Dijeron los avileses: "Recuerda agora, Señor,
cuando, niño y fugitivo, buscaste nuestro favor
y, dentro de nuestros muros, amparo hallaste y amor.
La ciudad veló tu sueño, como una madre lo haría;
por tu causa, en las Hervencias, la sangre nuestra corría;
si contra nos sentenciases, muy grande agravio sería".
Dijeron los segovianos: "Escucha, Rey, la razón
de los que a Córdoba fueron, rodeando tu pendón;
los que hoy buscan tu justicia, mejor que tu corazón.
Nos poblamos ese campo cuando era yermo y baldío;
trajimos nuestros ganados a pastar, en el estío;
si de justicia te pagas, sostén nuestro señorío".
El Emperador de España, bien quisiera non fallar,
porque ambos concejos pechan su montazgo y su yantar.
De condes y de prelados consejo quiso tomar.
En tanto que se lo daban, oteó un punto lejano;
llamó a los de las ciudades, y les mostró con la mano
un alcotán altanero, suspendido sobre el llano,
y dijo: "Santa María nos enseñe con el vuelo

de aquel ave, que se explaya sobre el limpio azul del
[cielo;
por dónde he de abrir agora vuestras lindes en el suelo".
Miraron todos al ave. ¡Con qué temeroso afán
los hombres de ambos concejos el vuelo siguiendo van,
y nombrando los lugares por do pasa el alcotán!
Al collado de Ojosalbos bajó por los Malagones;
por la venta Paramera pasó el arroyo Serones,
y perdióse hacia Cubillo, do yacían los mojones.
¡Load a Santa María que guió la partición!
Campo-Azálvaro y sus prados, tierra de Segovia son.
Los que antes lo demandaban, se avinieron a razón.
Segovianos y avilese besaron al Rey las manos;
diéronse paz en los rostros, en buen amor de cristianos,
y, alegres los corazones, descendieron a los llanos.
Ya el sol tocaba en la tierra, tersa y azul como el mar;
el Rey y sus ricos-hombres tornaron a cabalgar,
y se hundieron, silenciosos, en la sombra del pinar.

LA VIRGEN DE LOS TRIGOS

*VIRGEN de la ermita que encontré en la vía
que va por Hoyuelos a Santa María!*

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Entre los trigales, vive una Señora
de rostro moreno, como labradora;
ojos de paloma, cándidos y buenos;
labios que sonríen, dulces y serenos.
Lleva nobles tocas, a uso de Castilla,
y sostiene un niño sobre la rodilla.
Corona de plata ciñe el rapacín
y ríe, jugando con un colorín.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Regalo y frescura brindan al romero
un álamo viejo y un chorro parlero.
En las sosegadas tardes estivales
salmodian los grillos entre los trigales;

vibran las chicharras sobre los tomillos
y cubren el olmo gayos pajarillos
—juglares alados, que vienen de lejos
buscando el cobijo de los olmos viejos—
frente a los palacios de la Reina Santa,
en las noches bellas, la llanura canta.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Virgen de los trigos: ¿Do están los cristianos
que te hicieron casa con sus rudas manos?
Los que en estos campos, ganados al moro,
vertieron de nuevo la simiente de oro;
polvo son sus huesos, en el polvo santo
de estas mismas tierras que labraron tanto.
Pero yo en mis sueños, Señora, los vi
vestidos de gloria, muy cerca de ti.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Como ellos danzaban, danzan todavía
los mozos labriegos en la romería;
cuando, en una alegre mañana de abril,
juega la dulzaina con el tamboril.
Bajo el verde palio del álamo viejo
con simple decoro pasa tu cortejo,
y tus ojos negros, miran con amor
la aldea tranquila, los trigos en flor,

los ágiles mozos, y los niños bellos
que en otros abriles danzarán como ellos.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Las niñas te dejan su ofrenda de flores;
te cuentan las mozas sus castos amores;
y las vejezuelas te quieren mirar
con sus ojos, ciegos de tanto llorar.
Todas las jornadas escuchas serena
en distintos labios, una misma pena;
como un río eterno, de manso rúmor,
pasan las palabras de amor y dolor.

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

Camino de Hoyuelos a Santa María,
en la ermita blanca me detuve un día.
Bajo el olmo viejo, desde el altozano,
vi en las lejanías esfumarse el llano,
y calmé las ansias de mi labio ardiente
en el saludable chorro de la fuente.
¡Oh, quien fuera el olmo recio y solitario
para hacer la guardia cabe tu santuario!
¡Oh, quien fuera fuente cristalina y clara
que tus letanías por siempre cantara!

*Reina de los campos: a tu Niño-Dios
cuenta nuestras penas y ruega por nos.*

CANTO AL LABRANTIO

TIERRAS de pan y vino! ¡Campos de la ribera,
donde, en tiempos heroicos, hicieron sementera
los hombres que hasta el Duero llevaron la frontera!

Con púrpura y con oro fuisteis engalanadas
por la gracia divina. ¡Barbecheras doradas!
¡Inmensas lejanías, azules y moradas!

¡Tierras de la llanura, del claro sol esposas!
Espigas son la gala de las bodas gozosas,
y cárdenos racimos, como piedras preciosas.

Las lluvias otoñales os besan con amor,
y en el surco reciente, que exhala un suave olor,
simientes bendecidas esparce el sembrador.

El sembrador, que sueña con la rubia gavilla,
las hoces relumbrantes, las eras de la trilla,
¡las ardientes jornadas bajo el sol de Castilla!

¡Los carros de las mieses ya cubren el camino!
¡Ya canta sus cantares el agua del molino!
¡Ya cuecen las hornadas del buen pan campesino!

El pan, que desde el arca llena toda la casa
de un olor saludable. ¡Pan que se da sin tasa
a la Iglesia de Cristo y al mendigo que pasa!

El trabajo de un año se cifra en su rondel;
por eso, al repartirlo sobre el blanco mantel,
los viejos labradores hacen la cruz en él.

La vid de nuestras tierras es un divino don;
sus pámpanos jugosos, cristiano emblema son;
el vino es un regalo que alegra el corazón.

Vinillo de cosecha: ¡cuánto yo te venero!
De todos los ancianos amigo verdadero,
que el sol de otros agostos guardas para el enero.

En el fondo del cuenco, duerme el viejo cantar
de los mozos de antaño, que hollaron el lagar,
y hoy buscan, temblorosos, la lumbre del hogar.

Tú guardas la alegría de vendimias lejanas;
cuando era el sol más tibio, y eran mozas galanas
las viejas que gobiernan su rueca en las solanas.

¡Llanos amplios y alegres! ¡Dichosa tierra mía
que ofrece en los altares su ofrenda cada día!...
¡Tierras de pan y vino para la Eucaristía!

NOCHE EN LAS ERAS

¡LARGOS días estivales, en que abrasa el sol la tierra y se ve, en el horizonte, la línea azul de la sierra, tan vaga como un ensueño de esfumada lejanía! Trabajaron sin reposo los labriegos todo el día, y, al tenderse las tinieblas por el haz de la llanura, se rindieron al cansancio de la vida recia y dura. El ruido de la jornada cesaba en el caserío... Velaba yo en el silencio de aquella noche de estío.

En el mar de los trigales, de sonoras ondas de oro, calló de las sabandijas el lento y solemne coro; no turbaban el silencio de la campiña tranquila ni el murmullo de una fuente, ni el latido de una esquila; bajo el cielo constelado de aquella noche serena velaba sólo mi duda y hablaba sólo mi pena.

Pensaba en los agosteros, dormidos sobre los haces; les vi en su labor del día, valerosos y tenaces. ¡Hasta el viejo, casi inútil, templaba la sed del mozo llevando en sus cantarillos el agua fresca del pozo! ¡Hasta los niños ganaron su trozo de pan moreno, guiando a los mansos bueyes de dulce mirar sereno!

Entonces miré mi vida con vergüenza y con hastío;
;Todos cumplieron tus leyes; todos menos yo, Dios mío!
;En el día de Justicia tendrá mi frente rubor
ante las frentes ungidas por el polvo y el sudor!

Bajo el cielo rutilante, que hablaba de eternidad,
por nuestras hondas miserias sentí una inmensa piedad;
recordaba mis ensueños, marchitados siempre en flor;
mis anhelos de ser útil, mis ansias de ser mejor;
y lloré sobre mi vida; la pobre vida baldía,
que no corrió por sus cauces, ni supo encontrar su vía.
Dióme entonces en el rostro como el soplo de un aliento
y oí una voz, confundida con el susurro del viento:
“¡La vida no es siempre lucha, que es amor y es oración;
reza por los que trabajan, y levanta el corazón!”

Bajo el claro firmamento del estío de Castilla,
en el polvo de las eras doblé luego la rodilla.
Encomendé nuestras penas a Aquel que sabe contar
las estrellas de los cielos y las arenas del mar;
y recé por los ancianos caducos y temblorosos
que añoran el sol de antaño;
por los mozos vigorosos
que al compás de las segures cantan cantares de amores,
y por los niños pastores
dormidos junto al rebaño.
Y, rezando todavía, oí a una alondra temprana
y vi temblar en los cielos la estrella de la mañana.

LA GALANA

COMO estaba el monte de nieve cubierto,
buscando el camino que lleva hasta el puerto,
detuvo la yegua, medroso e incierto.

Fué en esa ladera de la Marichiva
donde, de una grieta de la peña viva,
mana un agua clara que desciende esquivá.

El sol se apagaba de las cimas blancas,
cuando, entre el estruendo de aquellas chorrancas,
oyó como un ruido de herradas carlancas.

Le alcanzó un mastín, adornado de ellas,
y vió que, saltando, con sus breves huellas
sembraba la nieve de un rastro de estrellas.

Al acaricialle, temor y alegría
sintió, que en sus ojos muy bien conocía
que era la Galana la que le seguía.

Y de allí a un momento pareció la dueña
entre unas retamas, hermosa y zahareña,
el rostro encendido y al aire la greña.

¡Cuán bien parecía, la moza serrana!



Era alta y gallarda como una Diana vestida con paños de verde y de grana.

Pidióla el hidalgo que fuera su guía, y ella, placentera, le mostró la vía, entre los canchales de la serranía.

Andando tras ella, le dijo: "Pastora, si en la mi tordilla subieses agora, allá en las ciudades serías señora".

Dijo la Galana: "Oí yo a las viejas, cuando, junto al fuego, dicen sus consejas, que non vieron bodas de lobos y ovejas".

Dijo el gentilhombre: "Niña, yo te digo que si ahora los puertos pasaras conmigo, por toda tu vida tendrías amigo".

Dijo la Galana: "Sosiegue el montero, que, cuando a la Corte vaya, en otro enero, le tendré en las rúas por mi caballero.

Pero aquí, en los cerros, quiero tener tratos con galán que entienda de regir los hatos y sepa las trochas do van mis chivatos".

Y bajó hacia el valle, graciosa y lozana, turbando a su paso la quietud serrana con sus risas, claras como la mañana.

Quedó el caballero tan solo y perdido, que ya desde entonces buscar no ha sabido sosiego apacible ni gusto cumplido.

LA MORADA

DE la vieja encina busco yo la miel
y las nuevas rosas de antiguo verjel.

Guardar mis amores quiero en el espacio
amplio y recatado de un noble palacio.

Con ancha portada, de enormes dovelas;
cartel blasonado con trece roelas,

torre de granito, merlones cimeros
en Avila santa, de los Caballeros.

Sillares dorados al fuego del sol;

de traza italiana y ornato español;

con rejas de forja, sobrias y elegantes,
en la Salamanca de los estudiantes;

y en esta Segovia, cuna de mi raza,

balcones volados que den a una plaza

hidalga y tranquila, y un huerto sombrío

sobre las murallas que miran al río.

.....

Y todas las cosas guardarán las huellas
que dejan las vidas al pasar por ellas.

Sobre la blancura de los tersos muros
hallaré retratos de tonos oscuros;



y glaucos espejos—huecos siempre abiertos
que miran al vago país de los muertos—.
Desde las ventanas, veré las llanadas,
las sierras azules, las torres doradas.

... ..

Viviré la vida generosa y buena,
y seré una pieza de aquella cadena
por la que, en los siglos, quedaran unidos
los que ya murieron con los no nacidos.

Tendrá la morada donde he de morar
ternura de nido, resplandor de hogar;
¡castillo y santuario; torre santa y fuerte
donde huir del mundo y esperar la muerte!
La piadosa muerte que vendrá, en su día,
a tocar las puertas de la casa mía,
cuando Dios quisiere que parta desde ella
para otra morada más noble y más bella.

LA PEREGRINA

¿DONDE vais, la reina Juana
de Castilla y de León?
Huérfana está nuestra tierra.
¡Ya no espera sino en vos!
¿Y andáis por esos caminos
a solas con vuestro amor?
El Rey era muy galán,
más rubio que el mismo sol;
venía de altos linajes.
¡Alcuña de Emperador!
El cuerpo que va en las andas
era todo cuanto os dió,
que allá en su tierra de Flandes
robáronle el corazón.
Cubríamos los caminos
que la lluvia encenagó,
siguiendo a nuestra señora
desamparada de Dios:
cruzamos Tierra de Campos,
entre Dueñas y Carrión;
tierra de negros pinares
y amplias hojas de labor;

dejamos a Torquemada
y a las huertas de su alfoz;
acampamos junto a Hornillos
en noche de cerrazón;
el ataúd en el suelo
sobre una alhombra quedó,
a la luz de cuatro cirios
de vago y frío fulgor.
Cantaba el viento en los llanos
una muy triste canción,
y entre sus largos gemidos
oímos como una voz:
¿Dónde vais, la reina Juana
de Castilla y de León?
Huérfana está nuestra tierra.
¡Ya no espera sino en vos!
Estaba de pie la Reina
recogida en su dolor,
fijos los ojos tranquilos
en una dulce visión;
con los labios entreabiertos
quedamente murmuró:
¿Qué me importa de Castilla
si se ha apagado mi sol?
¡No hay reino en toda la tierra
tan noble como mi amor!

LA FLOR DE OLMEDO

De noche le mataron
al caballero;
la gala de Medina,
la flor de Olmedo.

*(Cantar de tierra
de Medina.)*

HIDALGO que vais corriendo
romerías y feriales:

no crucéis, anohecido,
la sombra de los pinares;
en tratos y en galanteos
malos enemigos se hacen;
de uno sé que al diablo diera
cuerpo y alma por vengarse.
En la feria de Medina,
cofradía de merchantes,
en un trato y un cortejo
por dos veces le humillasteis.
Yo he visto lumbres sangrientas
en sus pupilas de sacre.
¡Guárdeos Dios, Juan de Viberos
al amor de vuestra madre!

... ..

¡Mala noche de camino
para arrieros y feriantes!
La lluvia azota los campos,
gime el viento en los pinares.
¡Guarde Dios al caballero
que de penas aún no sabe!
Galopa alegre el galán,
pues le espera al fin del viaje
amor de novia en la reja,
y en la casa amor de madre.
En la cruz de Velorado,
sobre él unas sombras caen,
como caen sobre los cisnes
los certeros gavilanes;
el cantar en su garganta
hielan buidos puñales;
tiembla en los ecos del llano
un clamor de “¡Cristo, valme!”
y tendido en el camino
queda el mozo agonizante,
bajo la inmensa negrura
del cielo sin luminaires.

.....

¡Olmedo, la bien cercada,
cuna de nobles linajes!;
a las luces de la aurora
va un cortejo por las calles.
Un hidalgo llevan muerto,

que mataron sin combate;
sobre la negra ropilla
de fino paño de Flandes
campa la cruz de Santiago
como un reguero de sangre.
¡Flor de Olmedo, flor de Olmedo,
cuán temprana te agostaste!;
al pasar ante sus casas
todas las mozas le plañen;
de una sé que en un convento
para siempre ha de encerrarse.
¡Helo ante sus mismas puertas,
que para acogelle se abren!
Al resplandor de los cirios,
que empuñan dueñas y pajes,
aparece una matrona
de dulce y grave semblante;
¡es tan inmensa su pena
que en llanto romper no sabe!
Y en su regazo recibe
el cuerpo del hijo exangüe,
cual la Madre Dolorosa
que nos muestra en los altares
el corazón traspasado
por siete agudos puñales.

.....

¡Mala la hubiste, el mancebo
que la traición preparaste!

A encubrirla no bastaron
las sombras de los pinares;
los juglares en las ferias
la comentan en romances;
todas las mozas de Olmedo
la cantan en sus cantares;
los niños de la doctrina
bien de corrido la saben;
por no oírla, una mañana
tu solar abandonaste,
y, huyendo de tus recuerdos,
cruzaste en vano los mares.

CIELO CLARO DE CASTILLA

¡CIELO claro de Castilla!
¡Noches de estío, serenas,
en que las almas escuchan
el cantar de las estrellas!

Cielo claro de Castilla:
¿Quién te ve, que no enloquezca
con esa noble locura
que es la cordura suprema?

Anhelo de cosas grandes,
sed de verdades eternas,
amor tan sutil y altivo
que con nada se contenta.

¡Don Alonso el estrellero
tan despreciado en la tierra
porque perdías ciudades
cuando contabas estrellas!

¿Qué culpa tuviste, Rey,
de haber nacido poeta,

y que el cielo de Castilla
el ánima te prendiera?

Mi Castilla la gentil
no tuvo mejor grandeza;
tu Reino vence a los siglos
y no conoce fronteras.

Del Reino que tú fundaste
habían de ser lumbreras
Luis de León el divino,
Juan de la Cruz y Teresa.

Cielo claro de Castilla,
noches de estío, serenas:
al veros ¿quién no olvidara
los cuidados de la tierra?

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

(1926)

OFRENDA

A D.^o X. de C.-E.

DENTRO de los viejos muros segovianos
ha tiempo que había dos mozos hermanos.
Eran los vestigios de una antigua raza;
el mayor gustaba de lances de caza
y sabía el arte de la montería.
Por la blanca nieve los rastros reguía
y al pato salvaje buscaba en el caz.
¡Era generoso, bravo y montaraz!
El menor gustaba de la vida quieta;
era algo anticuario y un tanto poeta,
y en su librería, de estantes repletos,
con calma de orfebre, limaba sonetos.
Al amor del fuego, y en largas veladas,
solían contarte sus bellas jornadas,
y al llegar tu santo, como de dineros
andaban escasos ambos caballeros,
en vez de brocados antiguos y raros,
copas cinceladas o diamantes claros,

a tus pies traían presentes diversos:
el Marqués perdices; el poeta, versos.
Hogaño la ofrenda te llega incompleta;
solos van los versos del mozo poeta,
pero en su presente, yo sé bien de cierto,
que está el gran cariño del hermano muerto.

III - XII - MCMXVII.

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

¡CUARTELES de Cabanillas!
¡Pobres tierras centeneras
labradas en los resaltes
de las faldas de la Sierra!

¿Quién fué el primer labrador
que vino a arar las laderas?
¿Quién concibió la locura
de sacar pan de las peñas?

Desde aquel día se siguen
las heroicas sementeras.
Aun queda nieve en los altos
cuando las mieses verdean.

¡Nunca vi por las Españas
tan humildes primaveras!
Entre los ralos centenos
los claveles azulean.

Cantan grillos en las lindes
escondidos en la hierba;

palpitantes corazones
las amapolas semejan.

Relumbran al sol de agosto
las hoces para la siega;
por la Virgen de septiembre
aun queda parva en las eras.

¡Labrador de tierras altas
que a la cruz de mayo rezas
porque la helada tardía
no te abrase las cosechas!

No envidies a los pastores
que emigran con sus ovejas
y corren tantas cañadas
y cuentan de tantas tierras.

Los que pasan al sereno
las noches tibias y bellas,
y con hogueras de piorno
las altas cumbres alegran.

Cielo claro y tierra pobre
te fué dado por herencia.
¡Tierra de pocas espigas!
¡Cielo de muchas estrellas!

EL MOLINO

EL viento gime: en la sierra
no hay lomas tan desoladas
como las del valle angosto
que el río Pirón socava.

Es en la sierra desnuda
que yergue sus cimas calvas,
donde los hoscos jabinos
ponen manchas azuladas.

El viento gime: constante
sus tristes cantares canta;
parece a veces que llora
y a veces parece que habla.

Por el cauce de granito
corren las aguas, tan claras
que apenas se ven sus linfas
si en las pozas se remansan.

Murmuran en los peñascos,
por la presa se derraman,

y mueven el viejo ingenio
del molino de la Mata.

El viento gime: sin tregua
agita las secas ramas
de los tres álamos yertos
que, junto al caz, se levantan.

¡Pobre molino, perdido
en la desierta cañada,
adormido por el canto
de los vientos y las aguas!

Terminaron su molienda
las gentes de la llanada;
queda sólo el molinero
en su casuca serrana.

¡Soledad tan temerosa
no padece ningún alma!
Ni en la mar el marinero,
ni el soldado en su atalaya...

En las noches estivales,
tan rutilantes y claras,
veía arder las hogueras
de los pastores de cabras.

Como luceros caídos
en las laderas brillaban.

¡Una a una se apagaron,
al comenzar la otoñada!

Con la luna de noviembre
brilla en las cumbres la escarcha;
formando un arco en el cielo
emigra un bando de garzas.

El viento calla: la noche
es serena y sosegada;
las estrellas, ateridas,
tiemblan con claror de helada.

Por la cuesta suben luces
que al Viático acompañan.
El molinero se muere
y Dios viene a su morada.

No murmura el caz; los hielos
retienen presas las aguas.
En el silencio solemne
late una esquila de plata.

EL FORJADOR

ES clara y tibia la mañana;
en la plazuela provinciana
las cuatro acacias tienen flor.
¡Canción del yunque y del martillo!
con el compás de su estribillo
golpea el hierro el forjador.

El quieto ambiente—rosa y oro—
de la ciudad, se hace sonoro
con el latido del metal.
¡Tin, tan! El eco se despierta
y con su ritmo se concierta
una campana conventual.

¡Tin, tan! ¡Tin, tan! El hierro inerte
en ascua viva se convierte,
y el corazón arde con él.
¡Tin, tan! La novia, en la ventana,
oye la música lejana
como las coplas de un rondel.

¡Tin, tan! El mozo martillea,
y al son del fuelle, que jadea,
vibra su cántico triunfal.
Arde en la fragua un roble entero,
y el forjador, fuerte y certero,
triunfa del fuego y del metal.

Vencido, el hierro brota en flores:
rejas de novia; los primores
de un candelabro o de un cancel.
Ramos de esbeltos lirios de oro,
que de la verja, sobre el coro,
harán un místico vergel.

El viento canta en las almenas
canción de otoño: hastío, penas...
Murió de frío un nuevo amor.
¡Tin, tan! ¡Tin, tan! Sigue el concierto,
pero esta tarde dobla a muerto
con su martillo, el forjador.

JARDIN INTERIOR

YA lo veis: río y canto con vosotros
y con vosotros juego,
pero en el hondo mar de mi conciencia,
como una perla, duerme mi secreto.
Aunque vivamos juntos años y años,
jamás acertaréis a comprenderlo.
De la llamita que, sin treguas, arde
tranquilamente, dentro de mi pecho,
apenas si aparece en mis pupilas,
de tarde en tarde, algún fugaz reflejo.
¡Mi vida es apariencia!
¡Mi vida de verdad, queda por dentro!
Me veis reír a veces
cuando de hastío y soledad me muero,
y, a veces, cuando lloro,
de goces inefables estoy lleno.
Como fiera acosada
de hambre y de sed, me rendiría luego,
si el alma no pudiera guarecerse
en la quietud de su jardín secreto.

CAMINITO DE SANTIAGO

(RONDEL)

¡CAMINITO de Santiago!
¡Sendero claro de estrellas,
que enseñas a los romeros
la vía de Compostela!

La vía de Compostela
va siguiendo un peregrino.
¡Decidme si le encontrasteis
a lo largo del camino!

A lo largo del camino
va un frailecico andariego;
su faz parece de cera,
y en los ojos lleva fuego.

En los ojos lleva fuego
del que arde en su corazón.
Le cubre un hábito pardo
ceñido con un cordón.

Ceñido con un cordón
va el cuerpo mortificado.
Su rostro recuerda el rostro
de Cristo crucificado.

De Cristo crucificado
es el fraile tan amante,
que ríe y llora de amores
por el camino adelante.

Por el camino adelante
se detiene en las fontanas;
hermanas llama a sus linfas
y a las aves llama hermanas.

A las aves llama hermanas,
y ellas comen en su mano;
hermanos llama a los lobos,
y al mismo sol llama hermano.

Al mismo sol llama hermano
cuando arde en el mediodía;
cantando como un juglar
hace el romero su vía.

Hace el romero su vía
por el camino francés.
¡Dichosa tierra de España
que en tus senderos le ves!

Que en tus senderos le ves,
en tus campos y en tus villas;
de Navarra hasta Santiago
pasando por las Castillas.

Pasando por las Castillas
bendijo la tierra llana;
por desnuda y por austera,
la tomó por franciscana.

La tomó por franciscana
al ver la tierra de erial
pobre como sus conventos,
parda como su sayal.

Parda como su sayal,
que va dejando una estela
de amores y de fervores
camino de Compostela.

¡Camino de Compostela
llevámelo sano y salvo!
¡Clara senda de luceros!
¡Caminito de Santiago!

CANTO TRIUNFAL

¡DOLOR: Padre de todo lo noble y lo fecundo!
Cada día que pasa, vuelves a ser, del mundo,
redentor.

Porque tú las heriste, saben volar las almas.
Por ti es bella la vida; tú las pasiones calmas.

¡Oh Dolor!

Tú eres radiante y puro como el hermano fuego;
tú abrasas a las almas, para que brille luego
su fulgor.

Sin ti no habría santos ni poetas habría,
y, hastiado de sí mismo, el mundo moriría,

¡Oh Dolor!

Dios te bendiga, que eres la luz en el camino;
¡Mensajero del Rey!, del tesoro divino

portador.

Dios te bendiga, heraldo de la vida y la gloria;
Tú los claros diamantes separas de la escoria.

¡Oh Dolor!

Artífice supremo, que en el metal viviente,
de raras maravillas, eres sabio y paciente
forjador.

¡Compañero de viaje! Tú, el que prenderte sabes
del arzón del jinete, del marino en las naves.

¡Oh Dolor!

¡Guerrero infatigable! Yo, en tu blasón he visto
la corona de espinas, sobre la cruz de Cristo,
mi Señor.

¡Las puertas de la gloria me abra tu llave de oro,
y, por ti, me perdonen los ojos que yo adoro!

¡Oh Dolor!

Cuando a un alma conduces al umbral de la muerte,
el coro de los Santos suele salir a verte
con amor.

Con el Rey Jesucristo va la Virgen María,
de mártires y ascetas la augusta teoría...

¡Oh Dolor!

Tal vez tú me acompañes más allá de la fosa;
tal vez el alma escucha, cuando el cuerpo reposa,
tu clamor.

Sólo al jardín del cielo no pasarás conmigo;
yo te daré, en las puertas, un dulce adiós de amigo.

¡Oh Dolor!

Sólo entrará a mi lado tu ardiente compañero,
más fuerte que tú mismo: el noble caballero
del Amor.

Tú, impasible y sereno, volverás a la Tierra
a ser luz o castigo, a llevar paz o guerra.

¡Oh Dolor!

VENDIMIA

HASTA que no quisiste que comiera
del rubio moscatel de que comías
con codicia infantil, nunca creyera
se dejaran comer las pedrerías.

Vendimiando amatistas y topacios,
mozos y mozas, en alegre coro,
lanzaban su cantar a los espacios
entre la pompa del viñedo de oro.

Seguimos conversando junto al río.
Por las olmedas hondas y desiertas.
Flotilla de oro sobre el caz sombrío,
bogaban hacia el mar las hojas muertas.

¡Tarde otoñal! La calma del ambiente
fué penetrando en mi sentir de mozo,
y el corazón, latiendo locamente,
se quería romper de puro gozo.

Dejáronme esas horas, tan tranquilas,
tanto dulzor en corazón y boca,
que aún se nublan un poco mis pupilas
cuando la mente su recuerdo evoca.

INQUIETUD

No tienes aquí morada permanente,
y en cualquier parte que estuvieres
eres extranjero y peregrino.

KEMPIS.

YO quise hacer mi estancia sobre el haz de la tierra
en mi ciudad antigua, la de las torres de oro,
y al resguardo del muro que mis moradas cierra,
de cosas familiares reuní mi tesoro.

Con deleite de avaro, yo amé mis cosas bellas
—estampas y medallas—en soledad altiva;
apenas si a mi torre llegaban las querellas
de la miseria humana, siempre sangrante y viva.

¡Para el vivir gozoso, basta un exiguo espacio!
En mis cosas pequeñas puse todo mi amor.
Gusté tranquilamente la suave miel de Horacio
y olvidé que en mi torno palpitaba el dolor.
Olvidé que en la vida no hay hora sin combate.
La vida es romería que no admite descanso;
así es eterna el agua que los cantiles bate;
así el agua se pudre, si para en el remanso.

Me sentí cada día más solo en mis moradas;
como blancas palomas, huían las virtudes;
para ocupar sus nidos llegaron en bandadas,
cual pájaros de presa, las negras inquietudes.
Pasaron como un sueño, mis jornadas serenas;
¡En un exiguo espacio, cabe muy gran dolor!
Como hambrienta jauría, me buscaban las penas
hasta en lo más oculto del castillo interior.
Oí, entre mis angustias, que una voz me decía:
“Poeta: en tu posada, no eres sino un viajero.
Para buscar reposo, no es tiempo todavía.
¡Renuncia a lo que amabas y retorna al sendero!”
Lloré sobre la ruina de mis horas felices;
pero Dios da un consuelo, si quita una ilusión.
Al tiempo en que arrancaba sus últimas raíces,
sentí que le nacían alas al corazón!

OTOÑADA

LA noche es ya larga: va cayendo octubre;
las cimas de Arcones, que la escarcha cubre,
en llamas están.

Relumbran hogueras en la noche oscura.
¡Los últimos fuegos! Hacia Extremadura
los pastores van.

¡Alegres fogatas de piorno y jabino,
de retamas áureas y jugoso pino
de fragante olor!

Las altas estrellas son vuestras hermanas.
¡Las altas estrellas! Hogueras lejanas
de eterno fulgor.

Va cayendo octubre; la tierra está muerta.
Ya no hacen los grillos en la tierra yerta,
su coro estival.

En la noche fría, callada y tranquila,
quiebra entre las sombras una sola esquila
su voz de cristal.

Se irán los pastores al romper el día,
por las blancas sendas que, en la lejanía,
parten el azur.

Aun los flacos lobos, pupilas de brasa,
siguen al rebaño que, balando, pasa,
camino del sur.

¿Por qué este silencio me pesa en el alma?
¿Qué mortal angustia late en esta calma,
que me hace llorar?

¡Soledad marina! ¡Soledad sonora!
En las tierras altas, el alma te añora.
¡Voz de pleamar!

Con un terror nuevo, que es nuevo y eterno,
el alma presiente las noches de invierno,
las cumbres desiertas;
aúlla en las cijas el mastín que advierte
en las madrugadas, pasar a la Muerte
ante nuestras puertas.

Llenando de pronto las hondas cañadas,
de entre las hogueras, ya casi apagadas,
se eleva un cantar.

Como hambrientos lobos, los negros temores
el alma rondaban, y el cantar de amores
los vino a espantar:

No sólo tienes castillos,
vieja tierra de Castilla;
en todos los altozanos
vi blanquear tus ermitas.
Junto a un olmo y una fuente,
una gran Señora habita,

que se apareció a pastores
y es de pastores servida.
¡Virgencita de Hontanares!
velando estás todavía;
en esta noche tan negra
sólo tu lámpara brilla.
Voy a correr las cañadas
con mis ovejas merinas;
¡haz que para el mes de mayo
las traiga todas paridas!
En las Vegas de Pedraza
hila su lino la niña;
¡dila que al granar los trigos
siga moza todavía!
¡Para ti, el cordero blanco
de lana más suave y fina!
Para ti mi corazón,
¡Reina de la serranía!

SONETOS DE EL ESCORIAL

I

ANTE LA TUMBA DEL EMPERADOR

ESTE es el César: caballero andante
del Redentor; su alférez en la guerra;
el que a la recia espalda el mundo aferra,
y se rinde a su peso, como Atlante.

No temáis que en los siglos se levante
otro poder igual sobre la Tierra;
de Augusto y Carlomagno el ciclo cierra
la Sacra Majestad, Carlo de Gante.

Austria le dió linaje; Flandes, cuna;
lauros, Italia; Portugal, amores;
oro, las Indias, y Germania, Imperio.

España, su ideal y sus fervores,
y, por último don de la Fortuna,
la paz de un escondido monasterio.

LA GALERIA DE CONVALECIENTES

Su arquitectura—renaciente gloria—
sabe a Vitruvio, como a Horacio sabe
el verso de Fray Luis; es como un grave
concierto de Salinas o Victoria.

El agua canta su constante historia,
y del estanque en el espejo, cabe
la fría majestad del arquitecno,
del arco la graciosa trayectoria.

Y, delante, el jardín, yerto y austero,
en el que un alarife-jardinero
labró los bojes como piedra dura.

¡Alto balcón, donde, al morir la tarde,
se llena el alma del fulgor con que arde
—en púrpura y en oro—la llanura!

III

LA MUERTE DEL REY

La mansa lluvia los vitrales hiere;
gime en los claustros su responso el viento;
el toque de agonía, sordo y lento,
conmueve El Escorial: el Rey se muere.

Entre las sombras, el paisaje adquiere
la gravedad augusta del momento;
del coro monacal, como un lamento,
llega el hondo clamor del miserere.

Va a amanecer. ¡Cuán larga la refriega
en la que pugna por partirse el alma
de la cárcel del cuerpo, dolorida!

Hay un instante de solemne calma,
y en manos del Señor, el Rey entrega
el temeroso enigma de su vida.

ESTAMPA DE VIAJE

ERA el sol en las Castillas una gloria y un castigo.
Cruzaba yo en el expreso los amplios campos de trigo
las bandas de segadores decían ¡adiós! al tren,
flameando sus pañuelos con un tranquilo vaivén.
Era para ellos el monstruo que corría la llanada,
una pausa en su trabajo; la ilusión de la jornada.
Brillaban los dientes blancos sobre los rostros cetrinos.
¡Cuán diversas nuestras vidas! ¡Cuán varios nuestros
[caminos!

Me pareció que trazaban, con su mano generosa,
el perdón sobre mi vida, mi vida inútil y ociosa,
cuya miseria es tan honda, que no mueve a compasión,
pues, como un gusano oculto, va royendo el corazón.
¡Mis amigos de un instante! ¡De un instante nada más,
que os cruzásteis en mi vida, para no volver jamás!
Por la gracia, tan cristiana, de vuestro gesto de adiós
al viajero fugitivo, habrá de premiaros Dios,
guardando en vuestra mirada la lumbre de esa alegría,
tan sencilla y tan serena, que no es posible en la mía.

EL CABALLERO DEL VERDE GABAN

CABALLERO del verde atavío:
Ten un poco esa yegua tordilla,
que se place en batir, con su brío,
los caminos de la ancha Castilla.
¡De fatiga abrumado, y de hastío,
quiero hincar, ante ti, la rodilla!

¡Buen hidalgo de limpia conciencia!
Miel de Horacio libé en tu decir;
de Fray Luis la tranquila cadencia
he sentido en tu mente latir.
¡En tu noble y serena existencia
yo quisiera aprender a vivir!

¡Cazador sin azor ni lebrel!
Pescador que en el caz limpio y manso,
turbar sueles, con tu esparavel,
el inmóvil cristal del remanso!
¡Cazador el de hurón y cimbel!
En tu umbral, yo te pido descanso.

Como en rojo bocal del Toboso,
se serenán las aguas del río,
esta paz del zaguán silencioso
da sosiego al espíritu mío.
¡Yo deseo con ansia el reposo
del zaguán, apacible y sombrío!

Y el silencio que reina en la estancia,
con los muros tendidos de cal;
esa alegre y discreta abundancia
del yantar, generoso y cordial;
¡esas rosas, que dan su fragancia
al claustrado jardín señorial!

¡Abrenuncio a las bellas locuras
del doncel Amadís, engañosas!
Gustar quiero las viejas lecturas,
con que el ánima inquieta reposas,
y, en el campo, aprender las dulzuras
del amor hacia todas las cosas.

¡El correr, en abril, las praderas
los ganados llevando a pastar!
El holgarse, en estío, en las eras;
el henchir, en octubre, el lagar,
¡y en el tiempo de las sementeras,
la velada al calor del hogar!

.....

¡No encontré en tu morada el reposo,
ni la paz en tus campos! ¡Adiós!
He sentido un cantar misterioso
y me voy, de aventuras en pos;
¡otra vez volveré al fatigoso
caminar por las sendas de Dios!

LLANTO

¡LLANTO varonil!

Cuando una tragedia de amor o de muerte
rinde a quien se hacía triunfador y fuerte
y deja en el alma ternura infantil.

¡Llanto sin consuelo,

que una vez tan sólo se llora en la vida,
cuando la alta frente se inclina, vencida,
y pesan sobre ella la tierra y el cielo!

¡Corazón altivo!

Como treme el roble bajo el huracán

temblabas entonces, ¡pajarillo aun vivo,

en el que sus garras clavó el gavilán!

Pasó la tormenta; queda enhiesto el roble,

pero en el ramaje perdura el destrozo;

el hombre es más sabio, más fuerte y más noble,
pues sabe la ciencia que encierra un sollozo.

¡Llanto de mujer,

manso y silencioso cual lluvia otoñal!

¡Por borrar la pena que lo hizo verter,

diera yo la gloria de un trono imperial!

¡Llanto de la madre por el hijo muerto!
¡Llanto de doncella que enterró su amor!
¡Sangre de la herida, que tal vez yo he abierto!
¡Llanto de vergüenza!
¡Llanto de dolor!
¡Llanto de los niños, mezclado entre risa,
como entre la lluvia suele el sol brillar!
Rocío en las rosas, que la aurora irisa,
¡quien como los niños supiera llorar!

¡Llanto varonil!

Yo he probado un día tu amargo sabor.
¡Nubló mis pupilas tu velo sutil
y vi un mundo nuevo, más bello y mejor!

RECUERDO DEL MAR

SOBRE la cima del cantil marino
de extraña flora por la mar cubierto,
embriagado del hálito salino,
yacía inmóvil, como cuerpo muerto.

Era, en mi torno, de la mar sonora
tan dulce la constante cantilena,
que pensé que la roca era una prora
guiada por cantares de sirena.

La calma del azul de mar y cielo
sólo quedaba, algún instante, rota
por una vela, leve como un vuelo,
o por un blanco vuelo de gaviota.

¡Tenía tanta sed el alma mía
de azul, de claridad y de reposo
que vi del sol poniente la agonía
con un renunciamiento doloroso!

¡Lorado sea Dios! Como un tesoro,
en lo más hondo de la mente, llevo
un vivo resplandor de azul y de oro,
y un ritmo, siempre igual y siempre nuevo.

LOS CAMINOS Y LOS DIAS

(1935)

DEL AUTOR A LA CIUDAD DE SEGOVIA, SU PATRIA

AMO yo a mi Segovia, si el ambiente
es de cristal, y brilla en el nevero
el tibio resplandor del sol de Enero
que a los viejos conforta suavemente.

Y cuando Abril apenas se presiente
en la flor de un almendro temprano:
y en las tardes de estío: reverbero
de la sangrienta hoguera del poniente.

Amo yo a mi ciudad, cuando en Octubre
un regio manto de oro antiguo, cubre
los senderos umbríos y desiertos.

Y al hundirse en las sombras misteriosas
de la tarde otoñal, todas las cosas
nos hablan quedamente de los muertos.

TIERRAS de Medina; leguas
de camino polvoriento.

En la cinta del camino
vamos enhebrando pueblos.

Rompen el ritmo del surco
—romance de tono serio—
sombra azul de las pinadas,
verdegay de los viñedos.

Pasan los pueblos iguales
(aún su nombre no sabemos;
—el nombre que es, para tantos
el centro del universo—).

Y al pasar, la pena antigua
se hace más viva un momento.

La paz, que en vano buscamos,
¿estará en alguno de ellos?

En este ambiente de hastío
¿espera acaso el sosiego
de nuestra inquietud constante,
de nuestro cansancio inmenso?

A la vera del camino
está el jardín de los muertos.
Sobre los blancos tapiales
asoman cipreses negros.
¡Cuán dulce será el descanso
en la tierra de ese huerto
en donde cantan los grillos
ocultos entre el cantueso!
¿Por qué nos llamáis, campanas?
¿No veis que vamos huyendo
de ese centauro implacable
que lanza flechas de tedio?

... el Lozoya,
por su pesca famoso y dulces aguas.

JOVELLANOS: *Epístola a Anfriso.*

PORQUE en tu orilla, el nido
se alzó de mis altivos gerifaltes;
porque copiaste en tu cristal bruñado
de mi blasón el oro y los esmaltes,
quiero loar a tu corriente mansa
que la dureza pule del granito
y si en las anchas pozas se remansa
es mirador, de cara al infinito.
Corriente casta y fría
que la caricia del vergel desdeña
porque su pompa ha de morir un día
y cauce busca en la desnuda peña
que mancillar sus aguas no sabría.
¡Cuantas veces he visto, en el deshielo,
cuando tu linfa clara se desata

entre el blanco y azul de nieve y cielo
saltar la trucha, rápida y certera
como saeta de luciente plata
donde un punto de sangre persevera.
No mi cincel imaginarte quiso
de ovas la undosa barba entretejida
como el divino Orontes o el Cefiso.
Mejor te cuadraría la cristiana
figura, tan antigua y siempre nueva
del regatillo, que en la roca mana,
donde el venado montaraz se abreva.
¡Oh arroyo, que al pasar por la Cartuja
supiste de los monjes el secreto
de un vivir que a la vida *sobrepuja!
Caudal manso y discreto
agua andariega y casta; agua piadosa
que llega a la ciudad atormentada
y en cántaros humildes se reposa.
¡Da a aquéllos que te buscan, el consuelo
de esa tu linfa viva,
que la belleza reflejó del cielo,
del hondo bosque y de la nieve altiva.

De la nieve cimera
naciste, y al sediento caserío
de la ciudad, orientas tu carrera.
¡Oh generoso y dulce señorío!
Pues tu nombre me dieron, ¡oh, si fuera
humilde y útil como tú, mi río!

NO te pongas el dengue
ni el sayo fino.

¡Mira que los pastores
van de camino!

No te adornes, mocita,
con arracadas.

¡Que hoy estará nevando
por las cañadas!

¡No dejes que a tu puerta
canten los mozos.

Los lobos a estas horas
rondan los chozos!

No te engañen galanes
de tierras llanas.

¡Guardar fe a los ausentes
es de serranas!

Ya no llores, mocita.

¡Reza y espera!
que esta noche, en la sierra
brilla su hoguera.

QUISIERA ser pequeño, tan pequeño
como una sabandija, y esconderme
entre la selva de los trigos de oro.
En esa selva luminosa, donde
entra la luz tan suave y tan cernida,
y el viento hace cantar cosas eternas
a las espigas, y latir los pétalos
de las sangrantes amapolas rojas.
Quisiera que mi vida—vida breve;
¡sólo el espacio de una primavera!—
discurriese entre el bosque de los trigos,
entre claveles, de un azul tan puro
como un esmalte heráldico, tomillos
y margaritas, de áureos corazones
y fragantes cantuesos, que recuerdan
el día en que el Señor, bajo su palio,
recorre las callejas pueblerinas.
Serían mis hermanos, las cigarras
y los grillos, menudos tañedores
que en esta noche de San Juan, sonora,

ofrecen su concierto a las estrellas
y la ranita de esmeralda viva
y de ojillos estáticos, saltones.
Yo tendría un cantar, sólo una nota
y una vez y otra vez la lanzaría
uniéndome al inmenso y amplio coro
de las noches de Junio, tan serenas.
Yo quisiera vivir en los trigales
y nacer un poquito cada día
en la fiesta triunfal de las auroras,
y morir un poquito cada tarde
en largos, melancólicos ocasos
y dormirme en el seno de la tierra
cuando, al compás de rítmicas segures
mi frágil selva se rindiese al suelo.

SEMANA SANTA

1

TARDE de Miércoles Santo.
¿Dónde vas, el carpintero?
—Las monjas de San Antonio
me llaman a su convento
para armar las mismas gradas
que labraron mis abuelos—.
¡Pompa humilde de las monjas!
¡Majestad del monumento
de percales deslucidos!
—A su púrpura, dió el tiempo
claros tonos de amatista,
matices de vino viejo—.
Entre tablas carcomidas
ramos de fragante espliego.
¡Alabaría estas galas
Francisco, juglar del Cielo!
Cuando los martillos laten
llora una monja, al recuerdo
de aquellos clavos agudos
de Jesús el Nazareno.

HE de loar vuestro encanto
 —mis ciudades castellanas—
 el día de Jueves Santo
 que hace callar las campanas.

Que hace callar las campanas
 en todos los campanarios
 porque el Señor, escondido,
 velando está en los sagrarios.

Velando está en los sagrarios
 en memoria de la pena
 de aquella su despedida
 después de la santa cena.

Después de la santa cena
 nos dejó la Eucaristía
 y el huerto vió los misterios
 de la divina agonía.

De la divina agonía
 la tristeza persevera
 en tanto que por los campos
 anda ya la primavera.

Anda ya la primavera
 por los manzanos en flor.

Las gentes van por las calles
buscando a Nuestro Señor.

Buscando a Nuestro Señor
que en el monumento espera.
—Suave murmullo de rezos;
olor de flores y cera—.

Olor de flores y cera
llena toda la ciudad.
Hasta los niños adoran
a Cristo en su soledad.

A Cristo en su soledad
no turbe vuestro clamor.
¡Ya le cantaréis, campanas,
día de Pascua Mayor!

3

AUN la Muerte huía de ella; que hasta la Muerte
[se aterra
del brillo de aquellos ojos, que ya no saben llorar.
¡Era su pena tan grande, que no cabía en la Tierra!
¡Era inmensa como el cielo, y era amarga como el mar!
¡La madre del asesino! Se apartaban a su paso
las mujeres, conmovidas por un espasmo de horror;

la madre del asesino vagaba sola, al acaso,
medio muerta de fatiga, de vergüenza y de dolor.

¡Señor, que en todas las penas guardas secretas
[dulzuras,
y con la mirra del llanto mezclas un poco de miel!
¡Señor, que tan suavemente nuestras hondas llagas curas!
¿Qué consuelos encontraste para un dolor como aquél?

¡Viernes Santo! Por las rúas llevaban a Cristo muerto;
preludiaban los clarines una marcha funeral.
¡Viernes Santo! Abril cubría de nuevas flores mi huerto
y llenaba de fragancias la brisa primaveral.
Con matices de violeta se va oscureciendo el cielo;
avanzan, en largas filas, trémulos puntos de luz;
con la faz de blanca cera sobre el negro terciopelo,
va la madre dolorosa, llorando al pie de la Cruz.
Stabat Mater..., cantaban los coros pausadamente,
y su voz, como un sollozo, se perdía en un temblor.
Las dos madres enlutadas se encontraron frente a frente,
pasados los corazones por la espada del dolor.
¡Señora!—clamó la anciana—, tú llevas al hijo inerte;
pero mi pena es tan grande, que ni aun la tuya es igual;
si mi hijo fuera inocente, ¿qué me importara su muerte?
¡Tú sabes que el tuyo es Santo!, ¡y el mío es un criminal!
Espantada de sí misma, cayó a los pies de María,
y sus labios temblorosos dijeron una oración.

La Madre de los Dolores, más pálida todavía,
sin que nadie lo entendiera, la habló quedo al corazón.

Y la dijo así: "Hija mía, ¿quién puede medir mis
[duelos?
¡No hay angustias en la tierra que en mi corazón no
[estén!
No lloro por Jesucristo, que vive y reina en los Cielos;
mi pena es tu misma pena: ¡lloro por tu hijo también!"

4

DOMINGO de Gloria! ¡Campanas al viento!
Relumbran las luces del altar mayor.
¡Corazón que el pecho bates, de contento!
¡Campanita herida! ¡Dobla tu clamor!

¡Aleluya, amigos! En la tumba abierta
los cándidos lienzos plegados están.
Aleluya, amigos, que la nueva es cierta
¡oidla en los labios de Pedro y de Juan!

Santa Magdalena llorando porfía:
—¿Dónde me escondisteis al Bien que perdí?—
El buen jardinero la dice: —¡María!—
y, a través del llanto, conoce al Rabbí.

Los dos peregrinos, la esperanza muerta
por las agrias sendas caminando van;

la voz del Viajero su fervor despierta
y le reconocen al partir el pan.

¡Domingo de Gloria! Los siglos han visto
vencida la muerte, triunfante el Dolor;
con Cristo sufristeis, gozad hoy con Cristo,
los amigos fieles de Nuestro Señor!

YO te invito a mis bodas, como al mejor amigo;
sin ti, no será alegre mi banquete nupcial.
Tu paz llene mi casa. Tú, Señor, sé testigo
de que doy sin reservas mi corazón leal.

Como en Caná, las hidrias del banquete de bodas
quedarán rebosantes de un generoso vino;
y toda nuestra vida y nuestras obras todas
han de guardar fragancias de tu licor divino.

En tu licor divino, que las almas embriaga,
encontraremos fuerzas para llevar la cruz.
¡Conversa con nosotros! ¡Que tu verbo nos haga
mejores y más puros, sedientos de tu luz!

Yo te invito a mis bodas, con tu madre María.
¡El pisar mis umbrales, no desdeñes, Señor!
Que, si tú la bendices, será la casa mía
alegre, santa y fuerte, mansión del buen amor.

¡Señor, sé nuestro huésped, como en Betania fuiste!
¡Parte el pan con nosotros, viajero de Emaús!
Que no haya en nuestra vida jornada alegre o triste
en que no nos conforte tu presencia. ¡Oh, Jesús!

POEMAS INEDITOS

(De 1931 a 1939)

CANTO A LA BANDERA VIEJA

¡BANDERA de sangre y oro,
bandera vieja de España,
vibrante como un clarín,
ardiente como una llama!
Bandera de las derrotas:
¡Yo más que nunca te amaba!
¡Por toda la faz del mundo,
tus hogueras flameaban
y se fueron apagando
al viento de la desgracia!
Bandera que arriada fuiste
en tanta tierra lejana,
bandera de nuestros muertos,
¡hoy te han arriado en España!
¡Borraron tus armas Reales,
rompieron la cruz del asta
y por luto te ciñeron
con una franja morada!
¡Bandera de sangre y oro
vibrante clarín de España,
no me podrán impedir
que me sirvas de mortaja!

LA CARACOLA

TAN distante del mar, en la consola
del pomposo salón isabelino,
la espiral de la vieja caracola
que en un rayo de sol se tornasola
llena mi mente de rumor marino.

En un viaje lejano. ¿Qué fragata
te trajo un día hasta las playas de oro?
¡Breve bajel de nácar y escarlata
que entre las ondas de cobalto y plata
en labios de un tritón, fuiste sonoro!
Juguete de delfines y sirenas
que en este árido pueblo de Castilla
donde el viento se quiebra en las almenas
aun guardas las eternas cantilenas
del mar en las rompientes de la orilla.
Dime que historias de piratas cuentas
a las flores de trapo, en el fanal,
y a las zagalas, que al oírte atentas
su danza olvidan cuando suenan lentas
del reloj las campanas de cristal.

¡Tú, que serviste un día de modelo
del capitel de Jonia a la voluta,
y entre el brillante azul de mar y cielo
viste pasar, tan leves como un vuelo,
naves de Atenas en heroica ruta!
Gracias te doy, porque a mis sueños fuiste
siempre propicia, en mi niñez remota.
¡Oh caracola amiga, que fingiste
junto a mi oído, la salmodia triste
de la marea, en los cantiles rota!
Por ti supe de playas y navíos
y del bullicio alegre de los puertos
y de los glaucos senos, tan sombríos,
que tumba son de los marinos muertos.
Y de radas de Oriente, donde riel
la clara luna con reflejo vago.
¡Aguas del Ponto, que partió la estela
de aquella venturosa carabela
que a hispanas costas aportó a Santiago!

Un día, vieja amiga, he de volverte
del mar a las caricias y a los juegos
para que otra vez ruedes, nunca inerte,
del hondo estero donde el Turia vierte
hasta la gloria de los mares griegos.

ORACION A ESPAÑA

ES esta la cuadrada fortaleza
erguida proa del navío inmóvil
hacia el tremendo mar de los misterios
que bate día y noche sus rompientes.
Aquí llegó, al final de sus jornadas,
el Apóstol Santiago, y su barquilla
quedó sujeta en el profundo estero.
Volaron sus palabras, cual centellas
entre madura mies, y la fogata
prendió toda esta tierra en llamas vivas
y la Virgen María la hizo suya
en dulce señorío, y fué por ella
la patria de los mártires de Cristo
cuyos combates esculpió Prudencio
en el bronce de exámetros sonoros;
La patria de Domingo, luz de brasas,
como un haz de sarmientos encendido
y de Javier, conquistador de Oriente
más fuerte que Alejandro; la que el alma
troqueló de Teresa de Cepeda.

Por esto, España, fuiste inquebrantable
sostén de la Verdad. ¡Oh el duro cielo
cuya implacable luz, va enumerando
la calidad exacta de las cosas!
De aquí la luminosa Teología
de Salamanca y ese noble anhelo
de buscar las extremas consecuencias
y de huir de cobardes transacciones
con el mal y el error. ¡Oh Santa España
cuando todos claudican, y se rinden
al suave maleficio del Oriente
y la traición aceptan de Lutero
contra la augusta majestad de Roma
tú sola, España—la razón contigo—
la faz de Europa azotas con tu guante
y lanzas a la rosa de los vientos
en reto hidalgo, tu pregón de guerra!
No es digna Europa de mirar tu rostro;
de comprender la caridad suprema
del fuego redentor de Torquemada
y aquella apasionada poesía
que acaso guarda, en sus aristas duras
del Escorial, el arquitrabe adusto.
Nunca los hombres que nacieron solo
para la fácil fiesta de la carne,
comprenderán el bello teorema
que fué tu vida toda. ¡Oh Rey Felipe!
Ni el signo que dibuja con su espada
el Duque Don Fernando de Toledo.

¡Tú la augural sibila de Occidente
soñadora del mar, cuyas pupilas
reflejan de los glaucos horizontes
el azur, y las llamas del ocaso!
Por quien no es ya el extremo de la tierra
la postrera Thulé. La exploradora
de la hondura de océanos y selvas.
¡Tú, la gran sembradora, que pudiste
áurea cosecha recoger de imperios
y la trocaste por cosecha de almas!
La que a través del cielo constelado
de estrellas rutilantes, nunca vistas
por ojos de cristianos, te lanzaste
a explorar otros mundos, aun más bellos.
Por esa intransigencia salvadora
que hizo que para ti no cuenten nada
la sangre, y el dolor, y los martirios,
hoy, temblando de amor, yo beso el polvo
de tus reales caminos. ¡Oh, mi España!

.....

Como a Pelayo en Covadonga otrora;
como al Cid en los áridos barbechos
de Castilla gentil, o como al César
ante el Elba fangoso y el Danubio,
España, para ti llegó el momento
de medir y pesar serenamente
de la mentira vil, la infame oferta

y tú has vencido, como siempre hiciste
la tentación hacia la vida fácil.
¡El momento es venido en que al sol brille
de tu sangre la púrpura encendida!
¡No crea el mundo que la vía augusta
que Cristo señaló para su reino
cubierta está de rosas, y trazada
a placer de cobardes y holgazanes!
Ya no hay opción: la afrenta o el martirio
y tú, mi santa España, tú escogiste
como siempre, lo amargo y lo difícil
y la Guerra segó, con sus segures
la flor de tus altivos caballeros
y se pudren los cuerpos de tus mozos
por las sierras azules y los campos,
ya no labrados por los mansos bueyes,
sino heridos por la áspera metralla.
Como en la gesta de leyendas de oro,
las esposas de Cristo, a hierro mueren
y la tierra se empapa con la ofrenda
de la sangre de ancianos y de niños.
Y perdiste el tesoro de tus lienzos:
las púrpuras ducales del Ticiano
y del Greco las vírgenes buídas
preciosas cual marfiles bizantinos.
Se abaten las vetustas catedrales
que el tiempo, sabio orfebre, fué labrando
y se derrumban, al plebeyo impulso,
las claves imperiales del alcázar.

El triunfo de las gubias de Castilla,
las tallas de policromos reflejos
se abrasan en sacrílegas hogueras.
¿Qué importa si conservas el aliento,
¡oh, España!, para nuevas catedrales
que vibren como un canto de Victoria?
¡Bendita seas, Madre! Aun más, ahora,
que cuando hallaste el escondido rumbo
del Orbe Nuevo. Que ahora nos devuelves
otro mundo mejor: el reino eterno
que no conoce cotos ni fronteras.

Al margen de la edición de Virgilio del
P. Petisco, S. J., para uso de los escolares.
Madrid 1804.

TU, que al ritmo y compás de tu deseo
las áureas playas y los mares mides,
y, sobre el libro abierto, al Cielo pides
de Eneas la fortuna, y de Odyseo.

¡Oh, el escolar en cuyos ojos leo
anhelos de aventuras y de lides,
y los trabajos ínclitos de Alcides
envidias, y la gloria de Teseo!

Nunca abandones tu heredad nativa
que en tanto tu Virgilio va contigo
de todo el Universo eres el dueño.

Y en gratas siestas, en la tarde estiva
los anchos mares surcarás, amigo
en la velera nave de tu ensueño.

VACACION

ESTA tarde no hay escuela
porque se ha muerto el Maestro,
iremos a buscar nidos
al soto de Reboleño.
¡Viva el buen tiempo!

El Maestro era muy joven;
vestía siempre de negro;
andaba por los caminos
leyendo un libro de versos.
¡Viva el buen tiempo!

Trepando por las ventanas
le vimos, rígido y yerto;
una mujer sollozaba
de rodillas en el suelo.
¡Viva el buen tiempo!

De flores están cubiertas
las pomaradas del huerto.

Danzan al sol las avispas
con un suave bordoneo.
¡Viva el buen tiempo!

Esta tarde hay vacaciones
porque se ha muerto el Maestro.
En todas las cañaveras
cantan mirlos y jilgueros.
¡Viva el buen tiempo!

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	5

POEMAS CASTELLANOS (1920)

Romance de los fundadores	15
Canto a los villanos de Castilla antigua	17
Caminos de Castilla	19
La querella	22
La hembra del gavilán	24
El Rey	29
El vencido	32
Impresión de Segovia en otoño	34
Impresión de Segovia en invierno	36
De la Judería vieja	39
Cetrería	41
El acoso	42
Letrilla	43

SONETOS ESPIRITUALES (1925)

Yo conocí a un anciano, tan anciano	47
No creáis que mi tierra de Castilla	48
¡Ay, corazón! ¡Ay, corazón! Mendigo	48

¡Clara noche estival! El firmamento	49
De un gran caudal eres señor, hermano	50
Fabio: es muy triste condición numana	50
Amor, como una lámpara votiva	51
La estancia, toda blanca, estaba llena	52
Bronce de catedral, amplio y sonoro	52
Amor que en el silencio sufre y vela	53
Al emprender la ruta del destino	54
Agua: casta y alegre creatura	54
El sabio orfebre, despaciosamente	55
Hermano mío, ¿lo recuerdas?	56
He de cantar la generosa mano	56
Como palomas, en tropel alado	57
Yo he sentido, Señor, tu voz amante	58
Piedad, Señor, piedad: que tus lumbreras	58
¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte	59

ROMANCES DEL LLANO

(1924)

Mis alcotanes	63
La partición	65
La Virgen de los Trigos	68
Canto al labrantío	71
Noche en las eras	73
La Galana	75
La morada	77
La peregrina	79
La flor de Olmedo	81
Cielo claro de Castilla	85

CANTAR DE LAS TIERRAS ALTAS

(1926)

Ofrenda	89
Cantar de las tierras altas	91
El molino	93
El forjador	96

	<u>Págs.</u>
Jardín interior	98
Caminito de Santiago (rondel)	99
Canto triunfal	102
Vendimia	104
Inquietud	106
Otoñada	108
Sonetos de El Escorial:	
I. <i>Ante la tumba del Emperador</i>	111
II. <i>La galería de convalecientes</i>	112
III. <i>La muerte del Rey</i>	113
Estampa de viaje	114
El caballero del verde gabán	115
Llanto	118
Recuerdo del mar	120

LOS CAMINOS Y LOS DIAS

(1935)

A la Ciudad de Segovia	125
Tierras de Medina; leguas	126
Porque en tu orilla, el nido	128
No te pongas el dengue	130
Quisiera pequeño, tan pequeño	131
Semana Santa	133
Yo te invito a mis bodas, como el mejor amigo	139

POEMAS INEDITOS

(1931-1939)

Canto a la Bandera vieja	143
La caracola	144
Oración a España	146
Tú, que al ritmo y compás de tu deseo	151
Vacación	152

LA ESPAÑA IMPERIAL

MAGNIFICA COLECCION DE BIOGRAFIAS DE
LAS PRINCIPALES FIGURAS DEL IMPERIO
(VOLUMENES DE 250 A 300 PAGINAS)

PUBLICADAS

ISABEL LA CATOLICA

POR
EL BARÓN DE NERVO

HERNAN CORTES

(CONQUISTADOR DE MÉJICO)

POR
LUIS TORRES

FELIPE II

(Rey de España y Monarca del Universo)

POR
MARIANO TOMÁS

MAGALLANES - ELCANO

POR
ARMANDO MELON
Y RUIZ DE GORDEJUELA

CISNEROS

POR
J. GARCÍA MERCADAL

CARLOS V

POR
FRANCISCO DE COSSÍO

EL GRAN CARDENAL DE ESPAÑA

(Don Pedro González de Mendoza)

POR
EL MARQUÉS DE LA CADENA

PIZARRO

(CONQUISTADOR DEL PERÚ)

POR
M. BALLESTEROS Y GAIBROIS

DOÑA JUANA LA LOCA

POR
N. SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA

FERNANDO EL CATOLICO

POR
JOSÉ LLAMPAYAS

CON JUAN DE AUSTRIA

(PALADÍN DE LA CRISTIANDAD)

POR
MANUEL FERRÁNDIS

EN PRENSA

EL GRAN CAPITAN

POR
JUAN MONKVA Y PUYOL

ALEJANDRO FARNESIO

(DUQUE DE PARMA)

POR
JULIÁN MARÍA RUBIO

EN PREPARACION

LOPE DE VEGA

POR
JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS

A CONTINUACION APARECERAN OTRAS BIOGRAFIAS
DEBIDAS A LOS MAS ILUSTRES AUTORES

PIDANSE EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA Y AMERICA
SEIS PESETAS CADA TOMO



Precio: 6 pesetas.

JUAN DE
GONTRERAS

Marqués
de Lozoya

POEMAS

G 17524